

Graciela Zarebski de Echenbaum

Lectura

“teórico/cómica”

de la vejez

1990

INDICE

PRÓLOGO: Leopoldo Salvarezza	3
INTRODUCCIÓN	7
EDIPO VIEJO	12
LA ROSA PÚRPURA DEL BAJO Soledad y Aislamiento en la Mujer Anciana	24
EL VIEJO FREUD	37
LECTURA " TEÓRICO – CÓMICA " DE LA VEJEZ	63
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	117

PRÓLOGO

Para todos aquéllos que trabajamos en el quehacer gerontológico o geriátrico, nos queda claro que los mitos y los estereotipos negativos sobre el envejecimiento y la vejez tienen poco que ver con la realidad. La mayoría de las personas viejas son vigorosas y competentes, activas dentro de sus familias y en la comunidad. Esto constituye un nuevo fenómeno histórico en las sociedades postindustriales y debe ser considerado como una de las grandes adquisiciones del siglo XX.

También nos queda claro, desde mi trabajo y desde el de mis colegas, que no existe un único modelo de envejecimiento "satisfactorio". Algunos sostienen que las personas que mantienen activos sus roles sociales de la mediana edad serán los que envejecen "satisfactoriamente" (la llamada teoría del apego o de la actividad). Otros, que el envejecimiento es un proceso universal de progresivo apartamiento entre el individuo y la sociedad y que las personas que envejecen mejor son aquéllas que se "desapegan" (la teoría del desapego). Creo que ambas posiciones son reduccionistas y que no dan cuenta de la diversidad de modos en que el envejecimiento ocurre. No solamente se envejece de diferentes maneras sino que el rango de las diferencias individuales se hace cada vez más amplio con el paso del tiempo. La personalidad previa, el modo en que ésta se ha ido estructurando

desde las primeras experiencias infantiles, es el factor determinante para entender estas variaciones.

Pero todos éstos son conceptos que hemos ido aprendiendo dentro del dramático aumento en la expectativa de vida que ha incrementado enormemente la proporción de personas viejas en la sociedad, lo que ha creado un "imperativo demográfico" que ha tenido sus efectos académicos en todo el mundo. En nuestro país también, aunque, por supuesto, con atraso.

En la década del '60 Mario Strejilevich comenzó a ocuparse de la vejez desde su perspectiva de médico psiquiatra y muy lentamente comenzó a interesar a algunos colegas que luego, un poco desordenadamente, fueron recogiendo sus enseñanzas y aplicándolas en sus distintas áreas de intereses y trabajo. El primer intento de sistematización y aplicación clínica fue la creación del equipo de Psicogeriatría y Psicoprofilaxis de la Vejez en el Centro de Salud Mental N^o 1 dependiente de la Municipalidad de Buenos Aires y que funcionó entre 1970/76 bajo mi dirección. Desde allí el interés fue creciendo considerablemente hasta el estado actual, y la preocupación por entender los procesos del envejecimiento y la vejez se multiplicó, pero - por las necesidades inmediatas propias del objeto de estudio - siempre dentro de una perspectiva centrada en lo fenomenológico con una apoyatura muy importante en los determinantes biológicos y sociales. La psicología venía un poco atrás, pero la eclosión de todos estos temas hacía necesaria la profundización de las motivaciones de las conductas de las personas que envejecen. Parafraseando lo que decía más arriba, también se creó un "imperativo psicológico" con sus lógicas consecuencias académicas,

y aquí entra Graciela Zarebski, y este libro que estoy prologando.

La Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires recién incorporó a su Plan de Estudios el tema de la Vejez en 1985, y en 1988 comenzó a dictarse la materia " Tercera Edad y Vejez ", donde me desempeñé como Profesor Titular. Graciela Zarebski participa en el equipo que, un par de años antes de esa fecha, comenzó a trabajar para darle contenido a la materia tal como la queríamos transmitir a nuestro futuros alumnos, y se constituyó en una de las más firmes impulsoras de la utilización de la teoría psicoanalítica para dar cuenta de los procesos inconscientes que subyacen y determinan la complejidad psicológica de las múltiples formas de envejecimiento. Conozco bien la seriedad y el empeño que siempre ha puesto en sus investigaciones y esto queda bien reflejado en el contenido de este libro, donde se puede apreciar muy claramente la riqueza conceptual que se puede extraer del entrecruzamiento entre la aplicación de un esquema referencial adecuado y la observación de los fenómenos tal como se nos presentan a nuestra observación – o a nuestra escucha, como preferiría decir Graciela Zarebski.

Los cuatro trabajos aquí reunidos – profundos, apasionados, cariñosos y divertidos – permiten seguir también la evolución de su pensamiento psicoanalítico, lo que nos hace augurar en el futuro una mayor producción científica aplicada al objeto de estudio que tenemos en común. Hay que mantener una lucha permanente para tratar de modificar las condiciones negativas que se abaten sobre este proceso vital y para ver si podemos contribuir para que la vejez sea el mejor regalo para la vida.

Felicito muy entusiastamente a Graciela Zarebski por el empeño colocado en la publicación de este libro, que viene a llenar vacíos importantes en la producción bibliográfica nacional sobre el tema y me siento gratificado narcisísticamente al reconocer en su lectura muchos conceptos que seguramente, fueron estimulados por el trabajo que realizamos juntos en la Cátedra.

Leopoldo Salvarezza

INTRODUCCIÓN

Como nos sucede a casi todos los psicólogos que trabajamos con viejos, comencé a incursionar en este campo profesional " por casualidad ": el lugar laboral vacante que otros rechazaban. El encomillado indica que lo casual del hecho no alcanzaría a explicar por qué nosotros sí lo aceptamos... y continuamos.

Que algunos rechacen " meterse " con los viejos y otros lo acepten se sostendría, por supuesto, en determinantes inconscientes, tanto para unos como para otros, relativos a la vejez, más allá de condicionamientos socio-culturales. Pero hay algo que a mí me atrapó desde un comienzo y lo transmití ya en mi primer escrito relativo al tema * : la vejez se presenta como un campo fértil a ser trabajado. Campo abandonado, no trillado, relegado, pero que por todos los poros – de nuestra piel, de nuestro entramado social, familiar – nos hace sentir su llamado. Me estoy refiriendo específicamente al campo de la problemática " psi " - desde una escucha psicoanalítica en este caso – de las cuestiones del envejecimiento.

En la investigación citada esbozaba lo que luego fue confirmado en mi pasaje por distintos ámbitos comunitarios de atención a la vejez – hogares geriátricos, hospitales, centros recreativos – tanto en la esfera oficial como privada: la ausencia de desarrollos teóricos y académicos de envergadura, la

* " Investigación Acerca del Desarrollo de la Psicogeriatría en Nuestro Medio ". Trabajo presentado en el VII ° Congreso Argentino de Psicología. Córdoba, octubre de 1986.

pobreza y la desarticulación interna en nuestra práctica, la falta de reconocimiento profesional.

Señalaba también diversos factores que condicionaban esta situación: desde la carencia de políticas sanitarias oficiales que avalen la tarea, pasando por la vigencia – aún hasta hoy en día – de leyes restrictivas del ejercicio de la Psicología, hasta la resistencia desde otros campos profesionales a hacerle un lugar.

A pesar de nuestra formación psicoanalítica, no solemos preguntarnos acerca de los motivos por los cuales se ve atravesada nuestra práctica por tantas dificultades desde el “afuera”, pues suponemos la respuesta: se trataría de la reiteración en un campo nuevo de las mismas resistencias que desde sus orígenes suscitaron los desarrollos psicoanalíticos y, cual emblema identificador de “la causa”, nos acostumbramos – a veces no sin cierto goce - a la incompreensión y al rechazo, replegándonos – entretenidos auto destructivamente en los avatares del “narcisismo de las pequeñas diferencias” - a nuestros ámbitos especulares de circulación de un discurso que, al cerrarse sobre sí mismo, concede el divorcio de su cuerpo teórico – clínico de las prácticas comunitarias, coartando así, al ceder su lugar ahí, el movimiento del deseo psicoanalítico tendiente a dar cuenta del malestar cultural como constitutivo de la condición de lo humano.

Sin embargo, acerca de los malestares culturales que se suscitan en torno a la cuestión de la vejez, es mucho lo que los psicoanalistas tendríamos para decir en los distintos ámbitos de la práctica. Desde los problemas jubilatorios a nivel social, hasta la ruptura del equilibrio familiar que desencadena el viejo enfermo; desde las vicisitudes de su sexualidad hasta la problemática del tiempo libre y el rescate de la activi-

dad creativa. Pero donde quizás se haga más notable la incidencia del malestar, es en un nuevo fenómeno social que ha tomado auge en los últimos años: la proliferación de establecimientos de internación o "residencias" geriátricas. Estas instituciones, síntoma de un fracaso, revelan el carácter ilusorio de la pretendida armonía familiar, el alcance imposible del desarrollo pleno y armónico del hombre en la sociedad, de la plenitud bio – psico – social que constituye el ideal gerontológico.

Es la lectura psicoanalítica la que permite pensarlos como necesarios a la homeostasis social y a su vez como ámbitos en los cuales esa homeostasis vuelve a fracasar.

Múltiples son las demandas que los sostienen: una demanda social: la depositación del viejo, una demanda familiar: la des-carga, una demanda particular: la búsqueda de refugio, una demanda económica: en tanto inversión redituable, una demanda laboral: para el personal y los profesionales que en ellos trabajan.

¿Cómo pretender que, en la convergencia de tantas demandas, no surjan nuevas desarmonías? De familiares con viejos que no aceptan ser el punto de descarga (pero que por algo lo son), de familiares con propietarios de instituciones o con los profesionales o con el personal, porque la descarga no es tan exitosa, aparece fallida; del personal o los profesionales entre sí o con los propietarios o con los viejos, que remueven en ellos puntos de angustia con relación a la vejez.

Más allá de los intentos de evitar, de múltiples modos, su carácter de "mal necesario" o de disimularlo mediante avances tecnológicos o de confort, más allá de los recursos que preventivamente se implementen, se hace ineludible escuchar la convergencia disarmónica de esas múltiples demandas, lo

que permitiría situar los puntos de goce que insisten más allá del equilibrio homeostático en que se pretenda sostenerlos.

Si desde el Psicoanálisis nos proponemos no eludir ese lugar, deberemos ser capaces de cuestionarnos acerca de nuestra propia implicancia en las dificultades que nos atraviesan y que nos impide dar cuenta de los desarrollos de nuestra práctica y de nuestras producciones teóricas.

Cuestionamiento que, al enfrentarnos a nuestros puntos ciegos – en lo personal y en lo teórico – nos retrotrae, en los orígenes del Psicoanálisis, a la cuestión de la vejez en Freud, su creador.

A partir de él, las corrientes post-freudianas que se abrieron al tema – kleinianos y psicoanalistas del yo – al sobredimensionar el registro imaginario del sujeto, dijeron más de lo que supieron acerca de la dimensión simbólica y menos de lo que supusieron acerca de la dimensión de lo real. Es así que sus aportes – a veces muy ricos descriptivamente – abundan en consideraciones acerca de fantasías y creencias, realidades sociales y condicionamientos biológicos, relativos al envejecimiento.

Consideraciones que, al pasar por alto la primacía del significativo a nivel del entramado inconsciente, contribuyeron a lo que llamaría el "achataamiento" de la dimensión simbólica en la teoría... y en el viejo. Facilitaron así que se desdibuje el aporte psicoanalítico en su especificidad, al manejarse con conceptos que resultaban ser traducciones de aspectos sociológicos por un lado – tal el énfasis puesto en la disminución de la autoestima – y de factores biológicos por otro – tal el énfasis puesto en la supuesta "regresión" en la vejez.

Estos conceptos constituyen hoy el núcleo del saber popular acerca del tema y del bagaje teórico de todo profesional que trabaje con viejos, derivando además,

que trabaje con viejos, derivando además, inevitablemente, en las terapéuticas de apoyo, que tienen por efecto obturar la escucha del deseo en el viejo.

Para rescatarlo y para rescatar al Psicoanálisis de la neutralización ejercida, cabría reformular esos ejes teóricos desde la concepción de la constitución subjetiva del cuerpo y la cultura, aportando desde otro lugar al discurso médico psicogeriátrico y al saber gerontológico, a quienes aliviaríamos así de aquello que sobrepasa sus posibilidades de escucha y abordaje.

Sólo por el camino del reconocimiento de las diferencias y de las limitaciones, lo que es un campo de batalla entre disciplinas podrá ser transformado en un campo fértil de trabajo interdisciplinario alrededor de los agujeros del Saber.

EDIPO VIEJO*

*“ ... y con la tarde un hombre vino
que descifró aterrado en el espejo
de la monstruosa imagen, el reflejo
de su declinación y su destino... ”*
Edipo y el Enigma, J. L. Borges.

I)

Interesada en las cuestiones teóricas que plantea el abordaje psicoanalítico de la vejez, la lectura del comentario de Lacan al *Edipo en Colona* de Sófocles despertó en mí la inquietud por investigar las consideraciones psicoanalíticas acerca de la vejez y la muerte de Edipo.

Dice Lacan¹:

“... Si la tragedia de Edipo Rey es una obra ejemplar, los analistas también deben conocer ese más allá del drama que realiza por la tragedia de Edipo en Colona ”.

Considero que tal indicación es especialmente válida para los analistas que se enfrentan, en su trabajo con ancianos, a la temática de la vejez y la muerte. Si Edipo Rey es una obra ejemplar en relación a uno de los ejes del descubrimiento freudiano, Edipo en Colona constituye una magistral presentación de las cuestiones con que el psicoanálisis en la vejez se enfrenta.

* Publicado en Gaceta Psicológica (APBA), N° 84, 1988, Bs. As.

Esta tragedia, escrita por Sófocles en plena ancianidad, cuenta los últimos días de la vida errante de Edipo y su muerte. Ciego, llega a tierras de Colona, en Atenas, acompañado por su hija Antígona. Lo hace inspirado en el oráculo de Febo, de acuerdo al cual, en lejana región encontraría asilo y terminaría su vida, en provecho de sus habitantes y en castigo de aquellos - sus hijos – que lo desterraron de Tebas.

La primera reacción de los ciudadanos es de rechazo por su aspecto e intentan expulsarlo cuando, conocedores de su historia, se enteran de su identidad. Pero luego acceden a llamar al Soberano, ante el cual Edipo implorará por albergue.

Mientras tanto llega su otra hija, Isomena, anunciándole recientes oráculos:

*"... que los tebanos te han de buscar algún día,
vivo o muerto, por causa de su salvación..."*

Edipo se rebela contra éstos y luego de enfrentamientos con sus compatriotas, consigue su propósito: morir de acuerdo a sus deseos.

Esta tragedia permitiría realizar distintas lecturas de acuerdo al enfoque o disciplina desde la cual se encare la temática de la vejez.

- Desde el punto de vista de la **sociología y de la psicología social:**

- La problemática del anciano empobrecido y enfermo, segregado de la sociedad y su búsqueda de protección, de asilo:

“ Apiadaos del miserable Edipo, que ya no es más que un espectro pues nada le queda de su anterior hermosura.

- El rechazo social (que no contamine lo sacralizado y venerado por la sociedad):

“... apártate, retírate, Mucha distancia nos separe...”

- Pero también, veneración:

“ En ti dicen que estriba la fuerza de ellos. ”

Rechazo y veneración que se han ido desplegando a lo largo de la historia humana como dos polos de un mismo mito.

- Desde el punto de vista de la **psicología de la vejez:**

- La vivencia de desamparo

- La necesidad de contar con alguien que le sirva de bastón, de soporte (su apoyo en la hija como sostén de su identidad):

“ ... de otra manera, no necesitaría de ajenos ojos que me guiaran ni, si fuera poderoso, tendría necesidad de sostenerme en tal débil apoyo. ”

▪ Desde el punto de vista de las **relaciones familiares**:

- La cuestión del poder en el enfrentamiento entre padres e hijos:

“ Ellos, menospreciando al padre que los engendró, han preferido sentarse en el trono, empuñar el cetro y gobernar el país.”

Es interesante tener en cuenta que, según Cicerón, cuando Sófocles, ya anciano, escribe esta tragedia, atraviesa una conflictiva relación con sus hijos. Estos lo llevan a juicio, acusándolo de descuidar su hacienda por entregarse al estudio, para que los jueces lo retiren del manejo de la misma bajo el cargo de chochera².

Si nos quedáramos con estos enfoques, incurriríamos, en el análisis de este texto, en lo que considero se cae habitualmente en el *campo psi* en vejez, tanto en la investigación teórica como en el abordaje clínico, y que ya he desarrollado en un trabajo anterior³: solemos quedar adheridos a un estudio descriptivo de la *psicología de la vejez*, nutrida generalmente por consideraciones sociológicas y biológicas, las cuales – sin despreciar su aporte – hacen efecto de bordeamiento de una cuestión menos transitada: ¿qué es la vejez para el psicoanálisis? ¿cuáles son los determinantes inconscientes que intervienen en el envejecimiento?

- Lacan, **desde el psicoanálisis**, introduce otra lectura:

“ El psicoanálisis de Edipo termina en Colona ”.¹

La pregunta que guía mi investigación es: ¿Por qué se plantea justamente en la vejez y frente a la muerte de Edipo que su psicoanálisis culmina?

II)

¿Qué es la sabiduría del viejo?

“ Cuando nada soy – dice Edipo – es cuando soy hombre. ”

La vejez, en tanto ruptura de espejos, caída de ilusiones, confrontación con la pérdida y la muerte, suele ser el momento de máximo enfrentamiento con la Verdad del sujeto,

“ ... cuando la Parca del Orco se nos presenta sin himeneos, sin liras, sin danzas, en los supremos momentos...”

El viejo pierde roles, pierde funciones, objetos del yo, pierde órganos y miembros, pierde vínculos, pierde afectos. Son todas pérdidas en lo imaginario, en la realidad y en su yo, que remiten a la pérdida Real, a la falta constitutiva de todo ser, por lo tanto a la Verdad, si entendemos por Verdad lo que falta al Saber.

En efecto, es el momento de mayor sabiduría en Edipo, en el que se plantea su escisión fundamental: que su ser estaba ahí donde no se sabía. El desamparo y la muerte lo enfrentan a la **causa** de su muerte y a la **causa** de su vida. Vida y muerte signados por los oráculos.

“ El inconciente es el discurso del Otro: del circuito en el cual estoy integrado (Edipo: ‘ porque de mis actos más he sido el paciente que el agente ’). Soy uno de sus eslabones: es el discurso de mi padre, en tanto que mi padre ha cometido faltas que estoy absolutamente condenado a reproducir... la cadena del discurso no es cosa que alguien pueda detener (...) este discurso forma un pequeño circuito en el que quedan asidos toda una familia, toda una camarilla, todo un bando, toda una nación o la mitad del globo.”¹

¿No es, acaso, el enfrentamiento mortal entre Edipo y sus hijos, encadenamiento, repetición, de su enfrentamiento mortal radical con su padre? Esto es, la necesidad de repetición tal como la vemos surgir más allá del principio del placer.

Se trata del psicoanálisis de Edipo porque en Colona, a la par que reconoce su desconocimiento acerca de su sujeción al discurso del Otro, se formula el punto de mayor diferenciación con respecto al deseo del otro, relación de alteridad fundamental: es ahí donde se rebela contra la sujeción al deseo del otro:

“ Pues de mí no mandarás jamás. ”

Se trata de la elección de su muerte, poder elegir la forma y el lugar de su muerte como ejercicio de libertad. Momento de ruptura con lo que fue su ciega esclavitud, ya que, paradójicamente, el momento de su ceguera es cuando más claro ve cuán ciego había estado cuando veía. Liberándose de los deseos de los otros, queda enganchado en la palabra del oráculo. Es poner el oráculo en palabras propias. Tomemos, por ejemplo, la importancia del **lugar** en los oráculos que signaron la vida de Edipo: a partir de un oráculo sus padres le adjudicaron un lugar para su muerte, para deshacerse de él; la intervención de un pastor lo rescató de su sujeción al lugar asignado para tal fin (y es este mismo pastor el que luego develará a Edipo la verdad de su historia). Insistencia repetitiva:

“ (tus hijos) quieren tenerte cerca para que no dispongas libremente de ti mismo. ”

Lo que Edipo pelea al fin de su existencia es también el lugar asignado para su muerte.

Vemos que hay un oráculo que signa su entrada en la vida y hay un oráculo que signa su salida en la muerte. En ambos casos, un discurso-Otro es mediatizado, interpretado por otros: primero los padres, luego los hijos. Tanto para unos como para otros, Edipo constituye una amenaza: el ejecutor del castigo por sus pecados. Tanto unos como otros intentan desviar el oráculo, manipulando a Edipo.

¿Tendrá que ver con esto – la muerte como supremo momento de la vida, como expresión máxima de la palabra del sujeto (poder elegir, en cierto modo, la propia salida en la muerte, ya que no podemos elegir la propia entrada en la vida) – la importancia que adquiere el discurso, común en los

ancianos, acerca del destino de sus despojos? Más aún, la temática general del Destino: en la sujeción al Destino, el sujeto se ve como objeto de un discurso-Otro. La sabiduría tendrá que ver entonces con la posibilidad de pasaje de un enunciado efectuado con él como objeto a un apoderamiento de ese discurso.

Así, en la clínica, nos topamos con viejos resignados para los cuales el Destino lo explica todo, justificando así su inercia, su pasividad, su sometimiento (generalmente de toda su vida), frente a otros viejos que siguen forjando su destino.

Teseo:

“ Por las postrimerías de tu vida ruegas, pero tu estado actual, o lo tienes en el olvido o en nada lo estimas ”.

Edipo:

“ Porque en las postrimerías se sintetiza todo lo demás. Cuando nada soy es cuando soy hombre ”.

III)

Como psicoanalistas, entonces: ¿Al viejo lo abordamos a partir de lo que vemos o lo escuchamos? ¿Y qué escuchamos y desde dónde?

Si es desde el Yo del analista a un Yo señalado como debilitado, desestructurado, nos dedicaremos entonces a reinstaurarlo en su condición de prótesis imaginaria.

Es el caballito de batalla de algunos psicogeriatras:

“ ...Las reiteradas situaciones de duelo favorecen la aparición de un estado narcisista en donde la pérdida de la autoestima juega un papel fundamental... Es el atravesamiento analítico el encargado de rescatarla, convirtiendo al proceso de fortalecimiento del Yo en una situación nodal ”⁴

En el viejo, en quien las prótesis imaginarias se muestran en plena falla, se produce esa hiancia, ese momento privilegiado de apertura, por donde se filtra su ser en tanto sujeto de deseo, ser enfrentado a la nada del más allá y a la nada de su ser.

“ *Cuando nada soy* ” es precisamente a lo que conduce el análisis: la desmitificación del imaginario previo:

“ Cumplida la desmitificación, nos hallamos en presencia de la muerte ”.¹

“ El inconsciente se había vuelto a cerrar sobre su mensaje gracias a los cuidados de esos activos ortopedistas en que se convirtieron los analistas de la segunda y tercera generación, que se han dedicado, al psicologizar la teoría analítica, a suturar esa hiancia ”⁵

La vejez puede llegar a ser una hiancia privilegiada y, sin embargo, constituirse en engaño privilegiado para los analistas: sólo cabe suturar.

Momento privilegiado para desmitificar el imaginario previo, más que para reinstaurarlo, ya que, precisamente si se desestructura en algunos viejos, por algo será... Un dato de la

llamada *psicología normal*⁶ de la vejez : cuando las condiciones emocionales permiten sobrellevar un envejecimiento "normal" (registrar cimbronazos que no llegan a ser cataclismos), se produce un incremento de la interioridad que produce como efecto la propensión a las "reminiscencias", las cuales, en su condición de eslabones entre el pasado y el presente, dan cuenta de lo que sostengo es un momento privilegiado de apertura y de facilitación al abordaje terapéutico.

Aquellos viejos que pueden hacer uso de la reminiscencia, encuentran en ella el recurso terapéutico propio que reafirma su autoestima y les permite transitar y elaborar en paz consigo mismo esta etapa.

Son las llamadas "personalidades narcisistas" y las "caracteropatías", las que acusan una vejez más conflictiva y desesperada, viejos nostálgicos en lugar de reminiscentes.

El envejecimiento – precisamente porque pienso que es uno de esos momentos-acontecimientos en la vida de mayor puesta en juego de la Verdad del sujeto – favorece los colapsos narcisistas y las descompensaciones caracteropáticas. Estará en la escucha del analista discernir qué aspectos y en qué proporción, viene a pedir el paciente que le reestructuremos ese yo grandioso perdido y le devolvamos la distorsionada autoestima perdida y qué aspectos y en qué proporción, viene a preguntarse en qué se equivocó o a pedir que alguien lo escuche en su reconocimiento de una posición "equivocada" en la vida.

El "estar desapareciendo" tan abarcativo y gradual es, quizás, una vivencia exclusiva del anciano. Puede ser atravesada con el máximo de sabiduría y con el máximo poder de sublimación y creatividad; poder soportar la angustia y ponerla en palabras, obras, significantes, en tanto el enfrentarse al

despedazamiento sea menos traumático porque los soportes imaginarios estaban desde el vamos desmitificados. Es como si desde que se supo ser, se supo no ser, desde que se supo siendo se supo muriendo.

Poder seguir creando es poder seguir diciendo: " Me falta ser...". Con relación a esto, el dicho ya popular: " se envejece de acuerdo a cómo se ha vivido " remite entonces a la cuestión de cómo se posiciona el sujeto respecto a la castración.

IV)

¿Qué le pasa al psicoanálisis – a los psicoanalistas – cuando de la vejez – de un viejo – se trata?

Se suele apelar al recurso de comprender el contexto social y los determinantes biológicos, de quedarse en los enunciados del yo y describir su psicología; lo difícil es *meterse*, *meterse* con la cuestión del deseo en un sujeto que envejece – sexualidad y muerte - deseo del viejo, de uno viejo, del viejo de uno, de un viejo deseo.

- " *¡Qué horror da verle! ¡Qué espanto oírle!* "

- " *¡No me toméis por un malvado, os lo suplico!* "

- " *¡No me desdeñéis al ver el aspecto horrible que os presenta mi cara!* "

El psicoanálisis en viejos permite, sin renegar de su condición de débil, sino atravesándola, acceder a lo específicamente atemporal del sujeto.

“ Me expulsáis sólo por temor a mi nombre. Pues lo cierto es que ni mi cuerpo os inspira terror, ni tampoco mis actos. ”

El viejo nombra algo a los otros. El problema que el viejo le plantea a la sociedad (y a los psicoanalistas) no es tanto por su aspecto, la carga que representa, o su “ improductividad ”, sino por lo que **es**, en tanto **efecto de lo siniestro**, manifestación de algo que debería permanecer oculto; de ahí los intentos de suturar la imagen del viejo: que quede armada de nuevo, que no aparezca la muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Lacan, J. (1983) *Seminario II: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Paidós. Bs. As.
2. Cicerón (1883) *De Senectute*. Luis Navarro. Madrid.
3. Zarebski, G (1984) “ Investigación acerca del desarrollo de la psicogeriatría en nuestro medio ”, inédito,.
4. Berenstein, S. (1978) “ Diálogo analítico ” en: Rev. AP-DEBA. Bs. As.
5. Lacan, J. (1987) *Seminario XI: Los Cuatro Conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Ed. Paidós, Bs. As.
6. Salvarezza, L. (1988) *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*. Paidós, Bs. As.

LA ROSA PÚRPURA DEL BAJO*

Soledad y Aislamiento en la Mujer Anciana.

La llamaré Rosa. La Rosa Púrpura del Bajo.

A los 58 años, no es anciana, pero la vejez es su fantasma. Si bien tiene dos hijas solteras, aún trabaja y hace gimnasia, se siente muy sola, le sobra el tiempo,

“ no hay nada para hacer; el domingo es el día en que peor me siento ”.

Separada hace muchos años, su sueño es formar una pareja, pero nunca lo intentó.

“ Doy una imagen de seria. Quiero una cosa, aparento otra ”.

Nació en un hogar humilde (una casa de vecinos dice), la menor de varios hermanos, de padres alcohólicos, su padre muere tirado en la calle a los 45 años, un hermano homosexual que muere joven, otro alcohólico del que se dice que abusa de menores, a las hermanas las describe como locas y conventilleras. Los gritos, las peleas, las habladurías de vecinos, eran constantes. El padre les pegaba a todos, menos a ella.

“ Yo era una criatura rondando en esa casa, vagando, no había una madre que me dijera que no estuviera en la calle. Yo no representaba nada

* Publicado en: Rev. *Actualidad Psicológica*, Mayo 1989, Bs. As.

estuviera en la calle. Yo no representaba nada para nadie. Era insignificante. A mí me tocó la peor parte, los agarré cansados. Mamá era viejita sin serlo, sin dientes, nunca la vi arreglada. Había sido linda, fina, habilidosa. Se arruinó la vida por el vicio ”.

Pero alcanzó a transmitir la habilidad manual a sus hermanas.

” Me da envidia que hayan tenido una madre joven que les transmitió la habilidad ”.

Recuerda escenas frecuentes de violencia sexual entre sus padres.

” Cuando papá se enojaba, sacaba la navaja ”.

Rosa se escapaba a la calle ya a los 3 años.

” Yo no me quejaba, no pedía nada, no hablaba. Para que me quieran los vecinos hacía todo lo que me pedían. Mamá decía: ´ de tan buena, tonta ´ ... También decía: ´ ¡qué va a ser linda, con esa boca tan fea!...´ Crecí odiándolos; después les tuve lástima ”.

A los 12 años la mandaron a trabajar. Una vez se enamoró de un muchacho pero nunca pudo hacer el mínimo gesto de aceptación.

“ Lo que me gustaba mucho, me daba miedo... Se me hacía que a mi mamá no le gustaría. Me fabriqué una imagen de madre que me cuidaba ”.

Imagen que la sobreprotegía, no la dejaba nunca sola, idealizada y persecutoria...

“ De jovencita tenía sueños eróticos, después nunca más ”.

Fue la única de los hermanos que logró casarse. El casamiento era la única forma en que ella se permitía acceder a la sexualidad.

Una hermana muy trastornada vivía pegada a ella, Rosa la cuidaba. Cuando Rosa se casó, la hermana enloqueció:

“ Estaba enamorada de mí... Al barrio no pude volver nunca más. Nunca supe ni quise saber nada de ellos ”.

Buscaba, al casarse, poder zafar de la locura.

“ Al final me quise escapar de mi familia y no me escapé, cambié de casa nada más... Me busqué un hombre igual que yo: frío, inexpresivo. Yo soy frígida. Nunca sentí nada. Así no se toca el tema y sigo en lo mismo. Cuando me animé a decirle que no sentía nada, se sintió castrado y me dejó ”.

Dedicó su vida a su casa, a sus dos hijas. Vivió a través de ellas, hizo que estudien, trabajen, sean finas, cultas, habilitadas, con amigos y libertad sexual.

Reconoce que a la mayor la sobreprotegió. Ahora esta hija no sabe vivir sola.

“ Tengo miedo que mi hija enloquezca como mi hermana ”.

“ Yo no tengo ningún derecho, hago lo que ellas me dicen. Tuve dos hijas y no tengo nada. Nadie de quien ocuparme... Trato de no llegar enseguida a casa, nadie me espera con alegría ”.

Así como no le gustaba llegar a la casa y ver a sus padres alcoholizados.

Nunca se animó a pedir nada porque suponía que la querían en tanto no pidiera.

“ Trato de hacer todo sola. Me niego a que alguien me ayude ”.

“ Hasta que no termino de pagar mis cuentas no estoy tranquila. No soporto deber. Pero me gusta comprarme siempre de lo mejor, ir a caminar por la Av. Santa Fé; las entradas para el cine nunca las compro en la cartelera. Aunque me sacrifico mucho, no podría hacer terapia en una institución ”.

También se sacrifica, se sobre-exige cuando se reprocha no entender películas de Bergman, de Fellini, entonces las ve dos, tres veces, o cuando se exige hacer gimnasia co-

mo una de cuarenta y pico. Dedicar sus días al trabajo (corretaje de vino por la calle) y a limpiar obsesivamente su casa.

“ Nunca estoy cansada. No siento la edad, me siento muy joven ”.

Vive una vida reglamentada, todas las reglamentaciones que faltaban en su familia.

“ Quiero ser más que ellos ”.

También reglamenta las palabras que salen de su boca: la bronca no se permite ni nombrarla. Ella debe ser culta, fina, no habla más que lo imprescindible. Siente que enmudeció.

“ Me hubiera gustado vivir otra vida. Ser artista. La familia es rutina... Nunca disfruté mucho las cosas. No fui una madre alegre... Siempre tuve miedo de vivir, a la violencia, al sexo... El que se acuerda tarde que se embrome. ¿Cómo voy a permitirme hacer de mayor cosas de jovencita?... Mi único lugar feliz es el cine. Yo tendría que tratar de tener comunicación con la gente, pero me encierro en el cine. Ahí, estoy en la película. Me olvido de mí. Después tengo sueños eróticos con los actores. Me excito. Tengo sensaciones. Si me saben tratar, me suelto. No hubiera sido frígida... Fantasé siempre con que hay otras chicas lindas, con plata, pero él me elige a mí por buena y

por perfecta...j Si yo pudiera tener algo bueno: estudio, habilidad para coser, para tejer!... ”.

De ella sólo pueden salir cosas horribles: *” éramos todo lo feo ”.*

Decía que su fantasma es la vejez:

” Últimamente me veo en el espejo y siento que me estoy pareciendo a ellos. Me causo horror. No me gusta como soy ”.

Aquella imagen que se había fabricado como *” aseguradora de su supervivencia ”*, por efecto de la compulsión a la repetición se hacía presente en forma siniestra como *” mensajera de la muerte ”*, ya que retornaba de la represión esa *´ peor parte ´* que le tocó a ella, *´ todo lo feo ´*, la caída... en la vejez.

No es la única imagen que se le hace difícil sostener. Buscó cultura, pero preferiría dejar de leer si necesitara usar anteojos. No puede iniciar los trámites de la jubilación, aunque su trabajo nunca le gustó, ya está asqueada de él, de andar por la calle, pero jubilarse... hacer trámites... colas... estar con los viejos...

” Ellos sólo hablan de PAMI y de las enfermedades, yo

nunca voy al médico. No me gusta que me pregunten de enfermedades. Siempre pienso que no tengo nada... "
" ...Nunca digo mi edad. Si la digo, me van a ver los defectos. Me gustaría conseguir un hombre joven, los de mi edad no, no conocí personas viejas alegres de vivir. No se valen por sí, molestan... "

y ella evitó *molestar* al otro toda la vida.

En el transcurso del análisis, comenzó a reconocer la diferencia con sus hijas, las crueldades mutuas. Empezó a poder discutir, inició los trámites de la jubilación y buscó trabajo como secretaria de consultorio. Dejó la calle. Se compró anteojos y dejó de ir tan seguido al cine. Se decidió a ver del lado de acá de la pantalla. Comenzó a pensar en la posibilidad de ser abuela. Entabló relación con una vecina de su edad. Hasta se enfermó y tuvo que permitir que la atendieran sus hijas. Dejó gimnasia ("no me daba placer"), ya no era tan coqueta...

Se podría decir que se "vino abajo". Es que se vino "al Bajo", de donde nunca, en realidad, se había ido.

Se vino abajo la estructura de ese Yo – Ideal, bueno y perfecto que había construido, sostenido en una imagen de madre que se fabricó para contraponer a esa "peor parte" que le tocó, vieja y enviciada; la otra, la mejor parte, era la que les tocó a sus hermanas: linda, fina y habilidosa. Era im-

perioso que nada perturbe el andamiaje de esta estructura ambivalente disociada.

El mínimo placer podría despuntar el vicio, la mínima falla, la palabra agresiva, el mínimo deterioro podría derribarla como a un castillo de naipes.

Ser más que ellos era rescatar a esa madre perdida que nunca tuvo, la de antes de la caída. Su vida estuvo al servicio de redimir a esa familia, de darle lo que no tuvo (¿esa era la deuda?) una vida de entrega total, creyendo que así salvaba de la locura.

En tanto insignificante, era significativa para la otra (su madre, su hermana, su hija); la hermana se ´ enamoró ´ de ella y enloqueció, percibía que con su hija seguiría igual camino.

En esta estructura, quedarse sola no es perder un objeto, es perder una parte del yo. El duelo deviene en patología, apatía, retracción.

Esa fue la causa de su vida, de su lucha. Buscó superarse en un esfuerzo brutal de sobre compensación en su actividad, e hipertrofia en su fantasía. Buscó ser más, anulándose.

En Rosa, el mantenerse activa, jovial, culta, laboriosa, era ser la heroína de una película hecha a la ligera, porque su Director, el Narcisismo, siempre elige el camino más corto. Acabó reconociéndose muerta, muda, vacía, en el aislamiento más absoluto, porque percibió que estaba luchando contra sí misma, contra su identidad, contra su historia.

La cuestión del envejecimiento prematuro de la madre está en el núcleo de su deseo: su causa es el goce de la mejor parte de la madre (por eso se ´ fabricó ´ una buena madre y una imagen de buena). La vejez es la peor parte en esta

historia, como significante de vida gastada, arruinada, pérdida de belleza y habilidad. La causa de la caída en la vejez aparece velada por otra causa: la caída en el vicio. Fue una vida que se intentó sostener en la evitación obsesiva del vicio como prevención de toda caída; ahí arrasó con todo indicio de erotismo, "malas palabras", "malos deseos".

Haciéndose insignificante, anulando sus deseos, se salvaba de los golpes.

La vejez era el fantasma que en su deterioro anunciaba el fracaso de su estrategia obsesiva: era inevitable la caída, asumir la caída que la constituía.

La vejez era para ella el derrumbe. Era lo que no le permitía seguir fingiendo que podía todo sola. Animarse a pedir era reconocer la carencia. Pero en esta historia la carencia constitutiva de todo sujeto está velada por la carencia de la realidad social, que fomentaba en ella la ilusión de que la carencia puede ser evitada, se trata de no pedir nada, se trata de escindir el barrio de "los que tienen" de aquél – el "Bajo" – de "los que no tienen" y de luchar afanosamente, sacrificadamente, por estar de ese otro lado. La imagen en el espejo que le devolvía la mirada despectiva de su madre, la identificaba en el negativo del Yo – Ideal. Era una de las formas más explícitas del *viejismo* - la gerontofobia – en la faceta que menos se suele destacar: el *viejismo* en el mismo viejo.

En Rosa vemos en qué estructura este prejuicio se encarna, de qué protege y vemos cómo constituye un factor importante en el aislamiento social en la vejez. No podía estar con sus pares, así como nunca había estado con gente de su edad. Se trata aquí del modo particular de significarse la jubilación en este encadenamiento discursivo: hacer el trámite, la "cola", es pedir. Es asumirse en tanto vieja, como carente.

Es dejar la calle que ambivalentemente la tiene atrapada. Además, hacer "colas" es ser "uno más" en la fila, condición que es necesario asumir para no quedarse solo. Ella buscó ser la única, se imaginaba "la elegida". No había nada para disfrutar en la vejez porque no disfrutó ni de la niñez ni de la juventud, ni de la adultez. Sentía que era tarde porque toda su vida sintió que era tarde, que "nació tarde".

La patología en las identificaciones narcisistas y edípicas de hijas y madres es material de análisis de mujeres de toda edad, cultura y condición social. Su investigación y tratamiento es el aporte que el psicoanálisis brinda a la prevención de la problemática de la soledad y el aislamiento de la mujer anciana. En casi todo análisis aparece la cuestión de la vejez como uno de los fantasmas de lo siniestro.

La vejez se vislumbra como siniestra y se constituye en "crisis vital" en aquellas organizaciones psíquicas basadas en el deseo de fusión propio del vínculo primordial materno – filial.

Las que hoy son viejas – sucesoras en su Superyo de la moral victoriana en que se criaron sus madres - y se sienten abandonadas por sus hijas, son las que funcionaron con ese modelo de fusión con el Otro que no les permitió desplegar sus deseos, porque la culpa les hacía sentir que abandonaban.

Cito un texto de la escritora Silvia Plager:

"... y así, cuando estamos dispuestos a avanzar, algo nos sujeta o nos advierte o condena por ese paso o transgresión que ellos o ellas no hubiesen admitido. Y es ésa la pertenencia que pesa más

*sobre las mujeres que sobre los hombres. Quié-
nes son si no las asiduas visitantes de los cemen-
terios y las que custodian el altar familiar y en-
cienden las velas?*

*“ A ellas les ha sido adjudicada la tarea de mante-
ner el fuego y cuanto más se alejan de sus hoga-
res, más peligro correrán y serán señaladas por el
dedo acusatorio de vivos y muertos. El hombre
oficiará y le brindará el privilegio de la salvación.
Cuando crecimos las heroínas de las grandes no-
velas nos enseñaron que amar fuera de los es-
quemas establecidos sólo causaba desgracias. Y
fuimos guardando en las alacenas de nuestra
memoria modelos de virtud en los que la pasión
no tenía cabida. Y esos modelos se contraponían
a los que almacenábamos bajo llave y que apare-
cían en los sueños y en cualquier momento como
gnomos traviesos. ¡Cuánto han influido en nues-
tra conducta la humillación del acatamiento y el
miedo a la rebelión y a la muerte! ”.*

Si se da la posibilidad de resignificación y la movilidad de investiduras, se podrá insertar las faltas y ausencias en una nueva dialéctica. Dando paso a investiduras objetales amorosas, sublimaciones e ideales cumplibles, se verá empujada a relanzar su deseo a través del reconocimiento mutuo, el reconocimiento del semejante y de su diferencia, que es lo que causa el deseo y abre las puertas de la creatividad. Escapando a la inmovilidad y al silencio el deseo recomienza su búsqueda.

Y esto no depende sólo de las estimulaciones que se le brinden, ya que las mismas serán rechazadas en aquellos casos de caracterología previa rígida e intolerante, que no aceptan la contingencia de los objetos.

Es porque se está demasiado captado por Otro, alienado en Otro, en una apasionada cristalización de la ilusión de aniquilarse en el Otro (Fusión Yo – Ideal – Ideal del Yo) que no hay apertura a los otros, a los semejantes.

Es de destacar la divergencia entre un enfoque psico – social de la problemática de la vejez y el enfoque psicoanalítico.

Teorías biológicas, sociales, psicológicas, pueden dar cuenta desde un enfoque gerontológico, del in-dividuo que en la vejez está solo y aislado y pueden aportar acciones preventivas y terapéuticas. El psicoanálisis aporta el análisis del sujeto en tanto dividido, la dinámica inconsciente que le lleva a sentirse solo y encontrarse aislado, a pesar de estar sano, activo y relacionado.

Sobrellevar la soledad no significa resignarse a vivir solo. El no poder sobrellevar la soledad ocurre cuando existe la ilusión de que hay algo que lo completará totalmente y, al no tenerlo, está vacío, no es ´ nada ´.

Es la historia de otra mujer, ésta sí de película, de reciente estreno: " Mamá Querida ". Berta, al enviudar, se queda sola, pero no aislada. Sana, creativa. Pero a ella no le interesaba estar sana y conectada con su creatividad, con su mundo, su entorno. En realidad no podía sostenerlo, porque su vida, su secreto para mantenerse viva era su hijo, él era todo, aunque para retenerlo había que seguir un camino de muerte: hacer un síntoma, estructurar una familia que no escuche las posibilidades psicoterapéuticas que se le indican, encontrar

algún cirujano dispuesto a hacer iatrogenia, gastar en intervenciones su dinero, tener que vender su casa, enfrentar entre sí a sus hijos, trastornar a su hija. Terminó aislada, pero creía que así no estaba sola. De lo que estaba intentando protegerse era de sentirse sola, aunque terminara en el aislamiento de la enfermedad.

Soledad y aislamiento: dos conceptos que permiten, cada uno, su propio despliegue de sentido. Pero se trata de su interrelación, de su entrecruzamiento.

Se podría hablar de un sentimiento de soledad normal y patológico, en paralelismo con el duelo. Cuando el sentirse solo se torna patológico, a pesar de no estar en la realidad aislado, es un síntoma, es manifestación del más real aislamiento, el de la enfermedad psíquica. Actúa como angustia – señal, que desencadenará una serie de mecanismos que llevarán al aislamiento total.

EL VIEJO FREUD*

A nuestro viejo

*“ ¿Es posible que estos hombres,
que otrora representaron para nosotros a los adultos,
sólo fuesen tan poco más viejos que nosotros? ”*

S. Freud “ Sobre la Psicología del Colegial ”

Cincuenta años para Freud marcaban un límite.

Él era doblemente pesimista con relación a los efectos del transcurso del tiempo para el Psicoanálisis. Desde su – si bien dolorida – fecunda vejez, temía por el porvenir de su criatura y descreía, asimismo, de que, más allá de los cincuenta años, su terapéutica fuera aplicable; de tal modo, quienes por 1939 nacían, ahora ya estarían fuera de su campo de aplicabilidad.

Hoy, sin embargo, la Psicogerontología aporta un balance optimista: la criatura ha crecido, sigue fructificando y nutre una nueva disciplina a la par que supera barreras etáreas.

A principios del siglo XX, Viena era un centro importante de estudios sobre la vejez y fue justamente un vienés, nacionalizado norteamericano, Nascher, quien creó por entonces una rama especial de la Medicina a la que bautizó “ Geriatria ”. Se acogía así desde la ciencia el estudio sistemático de una

* Trabajo presentado en el V ° Congreso Metropolitano de Psicología. Bs. As. Octubre 1989: “ La cura hoy, a 50 años de la muerte de Freud ”. Publicado en: Rev. Actualidad Psicológica, dic. 1989, Bs. As.

problemática que había sido relegada a lo largo de un devenir humano plagado de tabúes con relación a la vejez.

Para la misma época, otro médico vienés gestaba el Psicoanálisis, disciplina que vendría a revolucionar la concepción del Hombre; pero aún en ella los viejos quedarían afuera.

A cincuenta años de la muerte de su creador, este escrito intenta revisar los postulados freudianos en lo que al abordaje psicoanalítico de la vejez respecta, a la luz de desarrollos posteriores, así como deducir la concepción de la vejez con que se manejaba Freud como efecto de sus vivencias respecto a su propio envejecimiento.

Que los cincuenta años marcaban un límite para Freud, lo sabemos a través de los datos de su vida personal y a través de sus desarrollos teórico – clínicos. Así lo pensaba ya antes de atravesar esa edad. En " La Interpretación de los Sueños " ¹, analizando un sueño propio, dice:

" La edad de 51 años es la más peligrosa para el hombre. Algunos de mis colegas que no parecían padecer enfermedad ninguna, han muerto en poco tiempo al alcanzarla... "

¿De qué peligro habla?

En " Schreber " ² plantea:

" ... Tenía en esta época 51 años. Se encontraba en la edad crítica para la vida sexual, aquella en que la función sexual de la mujer, tras un previo acrecentamiento, experimenta una vasta involu-

ción, pero cuya gravitación tampoco parece a salvo el hombre. También para éste hay un climate-rio con las predisposiciones patológicas que de él se siguen ”.

Estas ideas, influidas por el pensamiento de Fliess, muestran que al respecto, Freud no pudo cuestionar la ideología de la época (reflejada asimismo en escritos de Helen Deutsch ³).

Tal como lo demostraron las investigaciones en el campo de la sociología, la psicología y la fisiología que se desarrollaron precisamente a partir de 1930 y, tal como concluye L. Salvarezza ⁴:

“ ... tenemos la suficiente evidencia como para refutar la creencia popular que coloca a los viejos al margen de la sexualidad y, por el contrario, es posible afirmar sin ninguna duda que en los viejos la sexualidad no sólo es posible sino que es necesaria. Posible porque, si bien la fisiología nos muestra diferencias con los sujetos más jóvenes, la satisfacción psicológica que proviene del ejercicio de la función no se altera y es necesaria porque el ejercicio regular de la misma es el factor de mayor importancia en su mantenimiento según el consenso generalizado de todos los investigadores ”.

Ya cercano a esa edad, Freud publicó sus primeros “ escritos técnicos ”. En ellos⁵ planteaba, entre las contraindicaciones para el empleo del Psicoanálisis, reiterando lo que ya sostenía en 1898⁶, que

“ una edad próxima a los cincuenta crea condiciones desfavorables ”.

Y éstos son los argumentos que esgrime:

- *“ La acumulación de material psíquico dificulta ya su manejo ”.*
- *“ El tiempo para el restablecimiento resulta demasiado largo ”.*
- *“ La facultad de dar nuevo curso a los procesos psíquicos comienza a paralizarse ”.*

Más tarde agrega:

... “ Otra condición capital para la aplicación del tratamiento psicoanalítico: la de que el sujeto sea aún susceptible de educación... Próximos a los cincuenta suelen carecer de la plasticidad de los procesos anímicos: los viejos no son ya educables ”.

Estos postulados freudianos fueron tomados en cuenta y comentados por muchos investigadores⁷ que en el campo psicoanalítico trabajan con viejos, aunque en general se atienen a cuestionar la supuesta falta de plasticidad de los procesos anímicos, punto que más adelante comentaremos. Lo que interesa puntualizar en principio es el análisis de las demás consideraciones, a la luz de desarrollos posteriores del Psicoanálisis.

En primer lugar, es necesario aclarar en lo relativo a ese momento particular del desarrollo del Psicoanálisis, que Freud trataba de marcar límites precisos a su práctica para que su intento se llevara a cabo con cierta garantía de éxito a fin de ser aceptado en el ambiente médico de la época.

Por otra parte, y con relación a " la cantidad de material ", tales recomendaciones están enmarcadas en un encuadre teórico-clínico que se proponía

" cegar las lagunas mnémicas por medio de un esfuerzo de atención... reconstruir el recuerdo a través de las resistencias... suprimir las amnesias... Una vez cegadas todas las lagunas de la memoria y aclarados todos los misteriosos afectos de la vida psíquica, se hace imposible la persistencia de la enfermedad e incluso todo nuevo brote de la misma⁵ ".

Se comprende que, si la labor terapéutica girara alrededor de estos objetivos, la " cantidad de material " dificultaría su cometido.

Pero sabemos, en primer lugar, que Freud plantea al mismo tiempo que se trata de las represiones de la primera infancia; si el material está referido a la sexualidad infantil no incidiría entonces en la duración del tratamiento de acuerdo con la edad del paciente: la estructura del deseo no se halla sujeta a evolución. Esta idea es coherente con los desarrollos posteriores de Freud en los que fue precisando su noción de inconsciente como sistema sincrónico fuera del tiempo, a través de los conceptos de **atemporalidad** y **a posteriori** - que le permitieron superar una concepción lineal de la tempo-

alidad - y de **compulsión a la repetición** - que modifica la concepción del recordar en Psicoanálisis - . En efecto, ya no está en juego sólo la rememoración. La insistencia repetitiva introduce otra memoria; el sujeto, al rearmar su historia, se va a encontrar con un pasado **real**, no historizado⁸.

*“ El sujeto en sí, la re-memorización de la biografía, todo eso no marcha más que hasta cierto límite que se llama **lo real**... Lo real es aquí lo que vuelve siempre al mismo sitio – a ese sitio en que el sujeto en tanto que ‘ cogita ’, la ‘ res cogitans ’, no lo encuentra... ”*

“ Con este motivo les indico que, en los textos de Freud, repetición no es reproducción... reproducir es lo que se creía poder hacer en el tiempo aquél de las grandes esperanzas de la catarsis... Eso fue bien al principio, ya que tenía que ver con las histéricas; ¡qué convincente era el proceso de rememoración en las primeras histéricas!... Por último, en esos primeros tiempos de la experiencia en los que la rememoración poco a poco se sustituye a sí misma y se aproxima siempre más a una especie de foco, de centro en el que todo acontecimiento parecería tener que entregarse – precisamente en ese momento vemos manifestarse lo que también llamaría... la resistencia del sujeto, que se convierte en ese momento en repetición en acto ”⁹.

La cuestión del “ tiempo de restablecimiento ” entonces, es solidaria de la del “ tiempo del inconsciente ”, no depende

de la edad y la preocupación de Freud en esto hay que entenderla en el marco del ambiente médico de la época, cuando plantea en estos mismos trabajos que la duración de los tratamientos psicoanalíticos por lo general abarca

“ un período muy amplio: de seis meses a tres años ”

Tenía que garantizar la cura en un lapso en ese entonces considerado largo, motivo por el cual también necesitaba marcar límites precisos en la selección de pacientes, si bien simultáneamente sostenía que

“ sólo raras veces se hace posible llevar tan lejos el tratamiento ”.

La posibilidad de finalización de un análisis nos lleva a sus últimos años de vida, cuando en 1937 publica su “ Análisis Terminable e Interminable ”¹⁰, el otro trabajo en que reitera su concepción acerca del psiquismo del viejo.

Pero para entonces Freud mismo ya lo era.

Antes de continuar analizando sus ideas, veamos a través de algunos autores que nos han transmitido consideraciones acerca de los últimos años de Freud, cómo vivió él este período.

S. de Beauvoir¹¹ comienza así su comentario acerca de la vejez de Freud:

“ ... hubiera debido tener una vejez fecunda y serena. En realidad, sin conseguir destruirlo... ella

fue para él una prueba abrumadora – a causa del estado de su salud, del ascenso del nazismo, de los temores que le inspiraba el porvenir del Psicoanálisis – de la pérdida de su poder creador”.

Del análisis de las numerosas cartas de Freud en las que algo dice con relación a su propia vejez, podemos puntualizar, a partir de desarrollos posteriores de la Psicogerontología, los siguientes ítems:

A.- Confusión Vejez – Enfermedad

Leemos en sus cartas, en 1922, a los 66 años* :

*“ ... he entrado **bruscamente** en la verdadera vejez. Desde entonces, la idea de la muerte no me ha abandonado... Ningún hecho especial se produjo que pudiera justificarlo”.*

Al año siguiente se somete a su primera operación en el paladar. Luego de atravesar dolorosamente la muerte de una hija y sobre todo de un nieto, dice (1924):

*“ ... Tengo profundamente arraigada en mí la convicción pesimista de mi fin cercano... una especie de **depresión senil** que está centrada en la distorsión entre un deseo de vivir irracional y una resignación sensata... Siento además, necesidad de reposo y aversión por el comercio de los hombres”.*

* la negrita es nuestra

Depresión de la cual sigue dando testimonio en sucesivas cartas. Aún tres años después de la muerte de su nieto, escribe (1926):

“ ... Para mí este niño había ocupado el lugar de todos mis hijos y de mis otros nietos y, desde entonces, desde la muerte de Heinele, no me preocupo más por mis nietos pero tampoco encuentro ningún placer en la vida. Este es también el secreto de mi indiferencia - lo llamaron valor- con respecto al peligro de mi propia vida ”.

Está claro que Freud sufría de una profunda depresión que antecedió incluso a su primera operación (dato que toma Schavelzon en su estudio acerca de los determinantes emocionales que incidieron en la génesis y evolución de su mal¹² .

Freud se refiere a un comienzo brusco del envejecimiento que no asocia con ninguna circunstancia especial, lo que indica que su repentino “ sentirse viejo ” tiene que ver con factores emocionales que lo llevaron a emprender un desesperanzado camino hacia la muerte. Se produjo para Freud un corte: de pronto se abrió una ventana e irrumpió la vejez como fantasma de lo siniestro.

Está claro también que, para Freud, vejez es sinónimo de muerte y que la depresión la atribuye a la senilidad, cuando todos los datos indican, a la luz de las consideraciones actuales, que Freud en ningún momento presentó signos de deterioro senil y que, en cambio, se trataría de una depresión neurótica fruto de la patológica elaboración de los duelos.

En sus vivencias se desliza el prejuicio, aún actualmente común respecto a la vejez, que consiste en hacerla sinónimo de enfermedad.

*“ El resultado de estos prejuicios es que se establece una fuerte sinonimia: viejo = enfermo, que entraña un enorme riesgo, pues pasa a comportarse como una profecía auto – predictiva que termina por internalizarse aún en los destinatarios del prejuicio, es decir, en los propios viejos ”.*⁴

¿ Habrá sido la larga lista de padecimientos de Freud y su vivencia patológica del envejecimiento el efecto de una profecía auto – predictiva ?

B.- Freud y el deseo de vivir

Sabemos que en Freud operaba una auto – predicción, en su creencia supersticiosa de que moriría, primero a los cincuenta y un años y luego, a los sesenta y siete:

*“ ... a mi edad actual, cuarenta y tres, agrégale veinticuatro y tendrás el número sesenta y siete, es decir que me he concedido veinticuatro años más de trabajo ”.*¹³

Freud se estaría expresando como artífice de sus propios males (1924):

“ He aquí una persona que, en lugar de trabajar duro hasta la ancianidad... y después morir sin

preliminares, contrae una horrible enfermedad a mediana edad, debe ser tratado y operado, derrocha su poco dinero ganado con grandes esfuerzos, genera y se complace en el descontento y después, se arrastra como un inválido durante una cantidad indefinida de tiempo... tal individuo hubiese sido castigado y encerrado. No me puedo acostumbrar a la vida bajo sentencia. ¡ La cantidad de cosas a las que es preciso renunciar! ¿Por qué ha de ocurrir todo tan placenteramente a los setenta años? Por otra parte, nunca me he conformado con las sobras. Ni siquiera he podido conformarme cuando sólo me quedaba un par de cigarros en mi caja ”.

Y en 1925:

” Estoy cansado... Los elementos orgánicos que durante tanto tiempo se han mantenido juntos, tienden a separarse. ¿Quién querría obligarlos a permanecer unidos más tiempo? ”

Freud había resignado su deseo de hacerlo.

C.- La abuelidad en Freud.

Podemos pensar que la función de la abuelidad estaba en Freud alterada; si un nieto ocupaba el lugar de todos los hijos y nietos y si su muerte no le permitió desplazar el cariño a los demás* y arrastró tanta libido, lo podemos considerar un

* “ Para mí él significaba el futuro y con él me han arrebatado el futuro ”.

indicador de abuelidad patológica, en cuanto al componente narcisista en juego en esta elección objetal.

D.- Freud y la " Teoría del Desapego "

Su " necesidad de reposo y aversión por el comercio de los hombres " lo manifiesta más ampliamente un año después (1925):

" Un caparazón de insensibilidad se forma lentamente alrededor de mí; lo verifico sin quejarme. Es una evolución natural, una manera de empezar a volverme inorgánico. Es lo que llaman, creo, el ´ el desprendimiento propio de la avanzada edad ´. Debe de estar en relación con un cambio decisivo en la relación entre los dos impulsos cuya existencia he supuesto... "

Pienso que esta descripción se corresponde exactamente con las ideas que posteriormente (1961) Cummings y Henry¹⁴ desarrollarían en lo que se conoce como " Teoría del Desapego "y de cuyos antecedentes vemos que Freud estaba al tanto y compartía. Esta teoría ha recibido críticas de diversos autores por las consecuencias funestas que implica en su instrumentación social, al promover un apartamiento progresivo de sus actividades por parte del viejo. A pesar de estas críticas sigue vigente aún, consciente o inconscientemente, en los profesionales que trabajan con viejos y vemos asimismo en Freud cómo las justificaciones teóricas que se esgrimen, encubren generalmente, una elaboración patológica del proceso de envejecimiento por parte de su autor.

E.- Creatividad y Vejez.

Asimismo, la " Teoría del Desapego " en Freud, que sostenía en 1925, está en la base de sus ideas acerca de la pérdida de la creatividad en la vejez que planteará en 1935:

" La facilidad para concebir ideas que tuve antes, con la edad la he perdido... Desde que no puedo fumar más a mi gusto, ya no deseo escribir... o quizás ese pretexto me sirve para enmascarar la esterilidad de la vejez ".

En estas líneas lo que transmite es la no aceptación de la disminución del rendimiento, en una fijación nostálgica a los logros y los placeres del pasado. Y en 1936:

" Aunque he sido excepcionalmente feliz en mi hogar... no puedo sin embargo, habituarme a las miserias y a la angustia de la vejez y pienso con nostalgia en el paso a la nada... Un viejo no encuentra más ideas nuevas. Sólo le queda repetirse ".

Habla de la " declinación de las facultades creadoras que acarrea la edad avanzada " cuando en ese año escribía su " Análisis... ¹⁰!

¿Será acaso fruto de la declinación de sus facultades creadoras?

En él reitera sus consideraciones de 1904⁵ acerca de la falta de plasticidad del viejo para que un tratamiento psicoanalítico resulte en él exitoso. Pero, veamos en qué términos planteaba un tratamiento exitoso: cuando se consigue

“ un nivel de normalidad psíquica absoluta, estable; resolver cada una de las represiones del paciente, llenar todas las lagunas de su memoria... ”

Además de las consideraciones acerca del momento histórico y teórico que más arriba tratamos, podemos agregar que, así planteados, estos ideales terapéuticos tendrían un efecto resistencial en lugar de ser impulsores del trabajo analítico, pudiéndose aplicar el proverbio que Freud mismo utiliza en ese artículo:

“ La experiencia psicoanalítica nos enseña que lo mejor es siempre enemigo de lo bueno ”.

Por eso es válido recordar aquí una vez más las palabras de Abraham¹⁵:

“ Yo tenía la confianza de que, si no podía curarlos, podría por lo menos proporcionarles una comprensión de su problema mejor y más profunda que la que podría ofrecerles un médico no adiestrado en el Psicoanálisis. Para mi sorpresa, un número considerable de ellos reaccionó favorablemente ante el tratamiento. Puedo agregar que cuento a algunas de esas curas entre mis más exitosos resultados ”.

Pero ya vimos cuáles pudieron haber sido los determinantes personales que no le habrían permitido a Freud estar dispuesto a sorprenderse con relación a los viejos y que, en cambio, le llevaron a sorprenderse en " Análisis..."¹⁰ al encontrar " agotamiento de la plasticidad ", " rigidez ", " resistencia al cambio " en pacientes jóvenes.

En este trabajo, si bien plantea el apoyo en las partes sanas del yo, alerta:

" El yo cesa de apoyar nuestros esfuerzos para descubrir el ello, se opone a éstos, desobedece la regla fundamental del análisis y no permite que emerja nada derivado de lo reprimido "

por más plástico, joven y dispuesto que esté el paciente, podríamos agregar.

Esta prevención se olvida cuando en la terapia con viejos, se postula el " apoyo en las partes sanas " a partir de lo que se denomina " fortalecer el yo débil " del paciente.

Una estructura que siempre se sostuvo rígidamente defendida, como la llamada **caracteropatía**, puede sufrir diversas vicisitudes al atravesar el envejecimiento, pues éste, por el bordeamiento de lo real que implica, se convierte en traumático cuando los sostenes imaginarios comienzan a fallar en su poder de recubrimiento de la angustia, siempre y cuando, como en este caso, se trate de una estructura que siempre se sostuvo en base a un predominio imaginario. De lo que se trata, precisamente, es de fortalecer su universo simbólico.

Por otra parte, la facultad de plasticidad, permeabilidad y receptividad en la vejez ya ha sido suficientemente compro-

bada en todas las prácticas sociales, culturales y educativas en que participan viejos, es decir que, más allá de su analizabilidad, también son educables.

Si bien Freud homologa Psicoanálisis y Educación, se ocupa en otro lugar ¹⁶ de diferenciarlos:

“... la labor pedagógica sería algo ‘ sui generis ’, que no podría ser confundida con la influencia psicoanalítica ni sustituida por ella... no sólo lo prohíben razones prácticas, sino que lo contraindican consideraciones teóricas. La relación entre la educación y el tratamiento psicoanalítico seguramente será sometida, en un futuro no lejano, a minuciosos estudios... No debemos dejar que nos confunda la afirmación... de que el psicoanálisis del neurótico adulto equivaldría a su reeducación”

Por otra parte, en el mismo “ Análisis... ”¹⁰ ubica a las dos prácticas, junto con la Política, como las tres

“ profesiones imposibles, en las cuales se está de antemano seguro de que los resultados serán insatisfactorios ”

desde el momento en que el Psicoanálisis descubre un real irreducible con el que choca todo accionar sugestivo.

“ Ninguna praxis más que el análisis está orientada hacia lo que, en el corazón de la experiencia, es el núcleo de lo real... lo real como encuentro –

el encuentro en tanto que puede ser fallido, que esencialmente es el encuentro fallido - ... ⁹

Podremos proponer caminos sublimatorios, estimular la participación en talleres creativos, trabajar con la reminiscencia (que es la vía rememorativa característica del viejo) pero sabremos que

“ será en la medida en que se hayan agotado hasta su fin, hasta el fondo del tazón, hasta la demanda cero, todas las formas de la demanda, que veremos aparecer en el fondo la relación de la castración ” ¹⁷

y la vejez puede ser un momento privilegiado para llegar “ al fondo del tazón “. “ Ahora cuando nada soy, es cuando soy hombre ”, decía Edipo en Colona. “ El psicoanálisis de Edipo termina en Colona ” ¹⁸ plantea Lacan, justamente en su vejez y frente a su muerte.

Estos serían algunos puntos de polémica que marcan el desarrollo del Psicoanálisis en viejos hoy, a cincuenta años de la muerte de Freud.

Se suele suponer que trabajar con viejos es trabajar con la muerte (¡como si fuera posible un Psicoanálisis que no trabajara con la muerte!). Pienso que trabajar con viejos también es trabajar con los orígenes. Así, el Psicoanálisis en viejos nos ha llevado esta vez a pensar en su origen, el del Psicoanálisis, y a dedicarlo a nuestro viejo, Freud.

Quienes sentimos que abrevamos en él y aspiramos a ser consecuentes con su enseñanza, podemos realizar y le debemos, un análisis crítico que nos permita actualizar sus consideraciones en este campo a fin de ampliar sus límites y aplicabilidad.

La cura hoy, más allá de los cincuenta años de vida, muestra que, a cincuenta años de la muerte de Freud, el Psicoanálisis vive, crece y sigue dando frutos.

ADICIÓN 1990

La divulgación en Buenos Aires de la biografía de S. Freud, de P. Gay¹⁹, con posterioridad a la redacción de este trabajo, me aportó interesantes datos que reafirman la línea de investigación aquí esbozada y que permiten profundizar en ella.

Pero, ¿qué valor puede tener para nosotros este desarrollo, más allá de intentar esclarecer un aspecto de la vida de una figura prominente, aspecto que habitualmente pasa desapercibido entre los determinantes de su historia?

Sucede que este hombre contaba con ciertas convicciones, determinada ideología acerca del envejecimiento, que le llevó a plantear una posición teórica y establecer lineamientos técnicos que desalentaban todo posible abordaje del viejo por el Psicoanálisis... o por cualquiera.

Entender la ligazón entre esas posiciones teóricas y la ideología de vida de su autor y entre esta ideología y sus determinantes inconscientes es conveniente, asimismo, para

cualquiera pero, sobre todo, para los profesionales que trabajamos con viejos.

Muy raramente podremos contar con un material biográfico tan rico y exhaustivo como son las mismas obras de Freud, en las que, para poder llevar adelante sus postulados, tuvo que exponerse a sí mismo como paciente a través de sus propios sueños, olvidos, lapsus, recuerdos, angustias, a lo largo de su vida, productos que dicen más que cualquier autobiografía.

Lo que sí dice Freud es que " La Interpretación de los Sueños "¹ constituiría una pieza de su auto análisis, reacción ante la muerte de su padre, en tanto

" el acontecimiento más importante y la pérdida más decisiva de la vida de un hombre. "

A través de sus sueños se despliega su conflictiva edípica, marcada por la fuerte ambivalencia que despertó en él la figura paterna.

Por un lado, la imagen autoritaria de quien le reprochaba, en dos ocasiones en su infancia, el haberse orinado. La primera vez, a los dos años, que el niño resuelve con una promesa y la segunda vez, a los siete años, en el dormitorio de sus padres, donde aquél le sentencia que no ha de llegar a nada en la vida. Estas palabras habrían marcado en él una poderosa ambición de llegar más lejos que su padre, fruto de su deseo de venganza.

Más aún cuando, por vía materna, esta ambición se vería reforzada. Una anécdota sugestiva que le transmite la madre es la ocasión en que una anciana (su imagen desdoblada) le presagia que su hijo llegaría a ser " un gran hombre

“. Constituiría un desplazamiento del deseo materno en una anciana que, según Freud,

“ viendo pasado su reino en el mundo, vuelve los ojos al porvenir ”.

Por otro lado, la imagen devaluada de su padre que suscita en Freud el relato paterno, alrededor de los diez años (su padre rondaba los cincuenta) de un episodio de antisemitismo que éste padeciera y que lo mostraba en actitud doblegada, suscitando en el niño la fantasía contrapuesta de vengar a su padre y al mismo tiempo superarlo, proponiéndose llegar a ser un Aníbal, el gran guerrero que prometiera a su propio padre vencer a los romanos.

Es esta constelación edípica la que vemos aparecer en sus sueños, de acuerdo a su propio análisis y la que, entre otras cosas, va cifrando su envejecimiento.

Es así como la cifra 51 – tan significativa para nuestro análisis - que se repite en un sueño de claro contenido edípico* y que le llevara a decir, como ya vimos, que “ es la más peligrosa para el hombre ”, nos conduce a otro sueño* a raíz del cual recuerda un penoso acontecimiento familiar: su tío paterno José fue procesado y encarcelado por falsificación de rublos, delito en el cual su padre habría estado implicado, quien, debido al disgusto, encaneció de pena en unos pocos días. Contaba entonces su padre con la edad de 50 años.

Veíamos que Freud creía supersticiosamente que moriría a los 51 años. ¿Es que acaso la culpa por el desprecio y la

* “ Carta del Ayuntamiento reclamando una deuda (padre ya muerto)”¹

* “ R. era mi tío ”¹

vergüenza que llegó a sentir por su padre le hubiera permitido desplegar sin conflicto su deseo de ir más allá de él?

*“ A los 50 años Freud era intelectualmente fértil y físicamente poderoso, pero con intermitencia se perseguía a sí mismo con sombrías ideas de decrepitud. Cuando, en 1907, Abraham lo visitó en Viena por primera vez, deploró advertir que lamentablemente, parece oprimirlo un complejo de vejez ”*¹⁹

Ir más allá que su padre desde el Edipo en la sexualidad, en su encumbramiento profesional, hasta en sus viajes.

Habiendo realizado su sueño de llegar a Roma, después de la muerte del padre, este Aníbal sueña que “ el Papa había muerto ”¹

Por la misma época habla de “ la culpa del superviviente ”¹³, lo que podríamos vincular con la frase que aparece unos años más tarde en “ Lo Siniestro ”²⁰:

“ quien es demasiado debe temer la envidia de los dioses ”.

Estas fantasmaticaciones son las que lo acompañan en los últimos momentos dolorosos de la senilidad paterna, desplegando sus deseos (de burla) en sueños (la serie de sueños absurdos) que aluden a:

“ el triste desquite de que mi padre, en sus últimos días, ensuciase la cama como un niño ” ... Pero el

¹ “ El Conde de Thun ”

respeto y el cariño con que nuestro pensamiento envuelve a la figura paterna, sobre todo después de su muerte, agudizan la censura, que aleja de la conciencia toda manifestación de crítica ... ¿Quién no aspira, en efecto, a aparecer limpio de toda impureza ante sus hijos después de la muerte? “¹

Las impurezas de un padre se destacan en su vejez y sus efectos tiñen dolorosamente el envejecimiento del hijo.

La obra más clara para analizar estos efectos es la que escribe en 1936²¹ como homenaje al septuagésimo aniversario de Romain Rolland, escrito marcadamente atravesado por referencias a su propia vejez.

El malestar por su edad no le permite apreciar el valor de su obra. Considera propio de alguien “venido a menos” este escrito que testimonia nada menos que de un atravesamiento de su fantasma: haber llegado “a más” que su padre.

Si bien el acontecimiento que lo suscita – la llegada no conscientemente planeada a la Acrópolis de Atenas – data de sus 48 años de edad, su recuerdo insiste en los últimos años, marcando un punto ciego en su auto análisis “y que nunca llegué a comprender”.

Que se trataría de un punto de enfrentamiento a un real estaría indicado en la sensación de extrañamiento (“des-realizamiento”): “lo que aquí veo no es real” remite precisamente a lo no simbolizado,

“ en el inconsciente no creí tal cosa... llegar a abarcar lo imposible... algo tan difícil y tan hermoso... que me fuese dado contemplar (a Atenas) con mis propios ojos... Parecería estar allende los

límites de lo posible el que yo pudiera viajar tan lejos... que llegara tan lejos...²¹

Deberá llegar a los 80 años – la edad de su padre al morir – y sentirse cotejado en menos con alguien cuya producción admira (Romain Rolland) para poder analizar y escribir acerca de lo que es su causa (“ lo esencial del éxito es llegar más lejos que el propio padre²³), como si sólo auto sancionándose - con una vejez en que se auto devalúa - pudiera reconocerlo.

“ Yo mismo he llegado a viejo, dependo de la ajena indulgencia y ya no puedo viajar ”.

Nótese, además, que al analizar lo allí experimentado, se compara con los que fracasan al triunfar:

“ los que enferman o aún son completamente aniquilados, porque se les ha realizado un deseo poderosísimo ”²¹

¿ Se le imponía sentir, en su vejez, aniquilada su capacidad productiva ?

“ Trátase de algo vinculado con la crítica infantil contra el padre, con el menosprecio que sigue a la primera sobre valoración infantil de su persona ”²¹

La vejez se constituye en una oportunidad privilegiada de menosprecio. Freud lo llama “ sentimiento de piedad ”, pero

es algo más que eso: remite al punto más radical de la inconsistencia del Otro.

Sabemos que Freud solía identificarse con la imagen mítica de Edipo y denominar a su hija Ana como la " Antígona " de sus últimos años. Parfraseando a Lacan, ¿podríamos sostener que el psicoanálisis de Freud culmina en Atenas?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Freud, S. (1900) *La Interpretación de los Sueños*, Cap. VI: " La Elaboración Onírica ". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
2. Freud, S. (1910) *Observaciones Psicoanalíticas sobre un Caso de Paranoia Auto biográficamente Descrito*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
3. Deutsch, H. (1952) *La Psicología de la Mujer*. Cap. VIII: " El climaterio ". Losada. Bs. As.
4. Salvarezza, L. (1988) *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*. Paidós, Bs. As.
5. Freud, S. (1904) *El Método Psicoanalítico de Freud*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
Freud, S. (1905) *Sobre Psicoterapia* Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.

6. Freud, S. (1898) *La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis* Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
7. - Dedieu – Anglade, G. (1970) "Psicoterapia en el Curso de la Tercera Edad. Resumen de los Problemas Teóricos y Técnicos", en: *Confrontations Psychiatriques. Psychopathologie de la Vieillesse*, Société Parisienne D'Expansion Chimique, Paris.
- Aducci, E. (1987) *Psicoanálisis de la Vejez*. Ed. Kargieman, Bs. As.
8. Marticorena, A. (1982) "Puntualizaciones sobre la regresión" en: *Gaceta Psicológica*, N.º 45, APBA, Bs. As.
9. Lacan, J. (1987) *Seminario XI: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Cap. IV: "De la Red de los Significantes". Piados, Bs. As.
10. Freud, S. (1937) *Análisis Terminable e Interminable* Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
11. de Beauvoir, S. (1970) *La Vejez*, Sudamericana, Bs. As.
12. Schavelzon, J. (1983) *Freud, un Paciente con Cáncer*. Paidós. Bs. As.
13. Freud, S. (1901) *Psicopatología de la Vida Cotidiana*, Cap. XII. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
14. Cummings, E. Henry, W. E. (1961) *Growing Old: the Process of Disengagement*. Basic Books. N. Y.
15. Abraham, K. (1919) "La Aplicabilidad del Tratamiento Psicoanalítico a Pacientes de Edad Avanzada", en: *Psicoanálisis Clínico*. 1959, Hormé, Bs. As.
16. Freud, S. (1925) "Prefacio para un Libro de August Aichhorn". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
17. Lacan, J. (1979) *Seminario X: La Angustia*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Bs. As,

18. Lacan, J. (1983) *Seminario II: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Cap. XVII: " Preguntas al que Enseña ". Paidós. Bs. As.
19. Gay, P. (1989) *Freud. Una Vida de Nuestro Tiempo*. Paidós. Bs. As.
20. Freud, S. (1919) *Lo Siniestro*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
21. Freud, S. (1936) *Un Trastorno de la Memoria en la Acrópolis de Atenas*. Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.

LECTURA TEÓRICO – CÓMICA DE LA VEJEZ

Abordar " teórico – cómicamente " a la vejez no es ninguna novedad. Se viene haciendo desde hace siglos.

Manifestaciones culturales de diversas épocas han destacado cierto efecto de comicidad que para algunos – o para todos en algunas ocasiones – la vejez suscita. Las caracterizaciones del viejo " gruñón " , " cascarrabias " , el viejo " chocho " , la vieja " bruja " , el viejo " verde " , han sido siempre caricaturas eficaces en la búsqueda de una imagen ridícula.

Tal insistente eficacia debe tener que ver entonces, con cierto carácter común a todo aquello susceptible de provocar comicidad, debe participar de un mismo mecanismo inconsciente cultural.

Se podrían plantear, en principio, dos aspectos del tema que estarían en el origen de la tendencia a hacer a los viejos objeto de denigración: el viejo como representante del poder y el viejo como representante de lo siniestro, dando lugar así a la constitución de dos pares antitéticos que siempre lo caracterizaron: veneración - degradación por un lado; siniestro – cómico, por el otro.

El conflicto de poder jóvenes – viejos es una constante en la historia de la Humanidad, alternando – bajo formas diversas según las épocas – en el lugar que ocupan como sometedores o como sometidos.

La cruel ridiculización del viejo, en tanto detentador del poder – político, económico, familiar, del saber – sería así un exutorio de dicha conflictiva.

“ La caricatura y la parodia... se dirigen contra personas y objetos respetables e investidos de autoridad. Son procedimientos de degradar objetos eminentes; nos llevan a representarnos como algo vulgar a lo que no tenemos que guardar consideración alguna ”¹

Pero hay una expresión típica de la denigración de la vejez y es una frase que se transmite como exponente de uno de los tantos mitos que la envuelven: “ los viejos son como los chicos “. Esta frase, de uso común, permite abordar el otro aspecto en cuestión: el par antitético siniestro – cómico.

El viejo, como espejo anticipado para el joven, participaría del carácter de lo siniestro, en tanto (el deterioro, la finitud)

“ sería todo lo que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado ”. ²

Si consideramos, además, que lo siniestro

“ sería aquella suerte de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás ”. ²

¿ qué más familiar para nosotros que nuestra propia imagen, la cual en ese espejo se anticipa como espantosa?

El carácter de metamorfosis que conlleva el paso del tiempo a nivel de nuestra imagen – horror a un pasaje súbito

de lo " heimlich " a lo " umheimlich " - es lo que nos desconcierta.

Pero aquello

*" que nos ha producido efectos tan manifiestamente siniestros, da origen, en una serie de casos, a reacciones muy distintas... sirve para provocar un efecto cómico "*²

Finalmente – lo que es notable por no haberlo considerado Freud respecto a la vejez – éste sostiene:

" la comparación de la que nace la comicidad sería la siguiente:

Así lo hace ése

Yo lo hago de otra manera

Ése lo hace como yo lo he hecho de niño "

Concluyendo que

*" lo cómico es aquello que no resulta propio del adulto".*¹

Es interesante destacar entonces que, en la frase que nos ocupa – que si bien no tiene nada de cómica, suscita un efecto de ridiculización – el recurso es la comparación de los viejos con los chicos y en esto se manifiesta nuevamente el mecanismo propio de lo cómico:

" aquello que por su calidad de extraño, abstracto o intelectualmente elevado nos resulta difícil de

comprender, lo aproximamos a nuestra inteligencia afirmándolo coincidente con algo trivial y bajo que nos es familiar”¹

algo trivial y bajo si consideramos que, en este caso, la imagen que se evoca es la de una niñez deficiente o impotente.

Se comprende, entonces, el sentido de la degradación que comparten la niñez y la vejez en la frase que los homologa. Lo expresa muy bien Simone de Beauvoir ³:

“ Para los individuos activos (la vejez) se presenta como una especie extraña en la que no se reconocen... hasta cierto punto esta condición del viejo es simétrica de la del niño con el que el adulto tampoco establece reciprocidad. No es casualidad que se hable en las familias de un niño extraordinario para su edad: lo extraordinario es que, no siendo todavía o no siendo ya hombre, tengan conductas humanas... Sólo que como el niño es un futuro activo, la sociedad, al invertir en él, garantiza su propio futuro, mientras que a sus ojos el viejo es un muerto a plazo fijo ”.

Pero que de tal homologación también se hayan hecho eco ciertos teóricos especializados, como más adelante veremos, hace que el abordaje “ teórico – cómico ” de la vejez acabe resultando ya del orden de lo “ tragi – cómico ”.

Sin embargo, me propongo demostrar que puede haber otro modo de abordaje " teórico – cómico " de la vejez con resultados menos desalentadores.

De vez en cuando surge algún humorista genial, con el arte supremo que le permite retomar personajes de la vida cotidiana, caricaturas del acervo popular, mitos culturales, en fin, cierto imaginario social, enfocándolo desde una distinta perspectiva. Haciéndolo jugar en un encadenamiento discursivo del que adviene el sesgo humorístico de verdaderas interpretaciones a nivel social, familiar, cultural, psicoanalítico.

Digo " verdaderas " porque el humor que resulta en sus creaciones toca con cierta verdad que sacude.

Y es esta dimensión ética en que convergen el psicoanálisis y el humor, la que me permite sustituir esta vez un abordaje habitualmente " teórico – clínico ", si los " casos " que presentan humoristas de la talla de Quino, Caloi, nos permiten repensar nuestras concepciones teóricas.

Comencemos entonces con la presentación de algunos de nuestros casos " clínicos ":



Claro, se dirá que una imagen no alcanza a ser una presentación clínica y menos aún para permitirse, a partir de ella, todo un despliegue teórico, pero precisamente esto – la captura por lo imaginario – es lo que prevalece en la mayor parte de los desarrollos teóricos y abordajes terapéuticos de la vejez.

Así, por ejemplo, estos supuestos casos clínicos, que manifiestan conductas abatidas, infantiles, vienen a representar la manera en que habitualmente se los ve a los viejos – con un chupete – o se los escucha – en lenguaje pueril - desde un enfoque teórico convencido de que la vejez implica inevitablemente regresión.

La concepción psicoanalítica acerca de la inevitabilidad de la regresión en la vejez, comienza ya con el mismo Freud. En un capítulo anterior* acerca de su posición teórica y personal con respecto al tema, analicé su enfoque pesimista, resultante del modelo deficitario del envejecimiento con que se manejaba y vivía.

Modelo que le llevaba a homologar vejez a enfermedad y a desechar la aplicabilidad del Psicoanálisis más allá de los cincuenta años de edad.

Consecuentemente con esta postura, en su " Auto biografía " ⁴, en la Adición de 1935 - contando con 79 años – señala que, desde su trabajo " El Yo y el Ello ", en el año 1923,

" no he hecho posteriormente ninguna contribución decisiva al Psicoanálisis. Todo lo que he escrito desde entonces sobre esto ha sido, o poco

* " El Viejo Freud " en este libro.

importante, o pronto hubiera sido elaborado por algún otro autor. Esta circunstancia se relaciona con una alteración en mi propia persona, lo que pudiera ser descrito como una fase de desarrollo regresivo”.

¡Califica como producto de la regresión todas sus obras posteriores a 1923, entre las cuales figuran algunas de sus más destacadas! Concebirla como “fase” regresiva la acerca aún más a la idea de su inevitabilidad como ciclo evolutivo, aunque sería más preciso decir: involutivo.

No creo que sea casual entonces, que en su trabajo “El Chiste y su relación con lo inconsciente”¹ no mencione el tema de la vejez o de los viejos como una de las fuentes habituales de lo cómico*, salvo en uno de los chistes que transcribe para ejemplificar la técnica de condensación con formación de una palabra mixta:

“El escritor inglés De Quincey – relata Brill – escribe en una ocasión que los ancianos suelen caer con frecuencia en el ‘anecdoteage’. Esta palabra es una formación mixta de otras dos, coincidentes en parte: anecdote y dotage (charlar pueril)”.

Lo notable de esta formación sustitutiva es que condensa – como se suele hacer habitualmente – normalidad y pato-

* Que no es casual lo confirma el estudio acerca de la posición de Freud con relación al envejecimiento que ya vimos (“El Viejo Freud”). Las burlas al viejo no eran tema para chistes en quien, al estudiar lo cómico, venía desplegando en sus sueños – la serie de sueños absurdos – su conflictiva con el padre muerto: “Advierto ahora que, si el sueño puede permitirse en este caso burlarse del padre o denigrarlo, es porque el mismo es ensalzado en las ideas latentes y presentado a otros como modelo... Reproche contra mi padre... Todo el contenido de mi sueño rebelde, ofensivo para la majestad y lleno de burlas con respecto a la más alta autoridad, constituye en general una rebelión contra el mismo.”⁵

logía. Es decir, confunde la tendencia – común en el envejecimiento normal – a la reminiscencia, definida como “ hábito de pensar en las propias experiencias pasadas o relatarlas ” con una manifestación patológica, como es la puerilidad, es decir, la regresión en la vejez.

Después de Freud, pocos son los psicoanalistas que han teorizado acerca de la temática. Entre los que más se ocuparon del tema figuran los psicoanalistas norteamericanos de la escuela de Boston, uno de cuyos libros de recopilación constituye en nuestro medio un texto habitual de consulta bibliográfica en la especialidad ⁶.

De él extraigo un párrafo del trabajo de Martin A. Berezin “ Factores Intrapsíquicos del envejecimiento ”:

*“ Quizás el fenómeno clínico que con más frecuencia se observa durante el envejecimiento sea el de la regresión. Es el que más a menudo mencionan y el que con más facilidad entienden tanto los psiquiatras como los profanos; su importancia intrapsíquica en el proceso de envejecimiento es tan evidente que llega a ser axiomática. La regresión es, pues, una condición ‘ sine qua non ’, o sea que sin ella no hay envejecimiento. A través de los siglos nos han llegado referencias de que el profano ha sabido ver la regresión al percibir una realidad a la que solía darle el nombre de **período de la ‘ segunda infancia ’** ”*

y cita como ejemplificación los versos de la obra de Shakespeare “ Como Gustéis ”, de la que vale la pena reproducir

los términos con que describe a la vejez, lo cual nos servirá como paradigma de su ridiculización:

“ ... La sexta edad lo transforma en un polichinela enjuto y en chancletas, de espejuelos en la nariz montados y zurrón al flanco, sus calzas de las mocedades, bien guardadas, demasiado grandes para sus desmirriadas piernas y su varonil vozarrón otra vez tórnase atiplado, como en la infancia, y suena a pífanos y pitos. La última escena de todas, la que concluye esta historia peregrina plena de sucesos es la segunda infancia y el total olvido, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada ”.

Más adelante, prosigue Berezin:

“ En el anciano, la necesidad de la regresión proviene del hecho inexorable de que el predominio genital – que es el objetivo al que se ha llegado con la madurez – experimenta, en ese momento, una disminución de diversos grados y, a veces, desaparece por completo. Es decir que a la persona de edad no le queda otro remedio que retirarse a las anteriores posiciones de la libido. Así, pues, la regresión se manifiesta por el impacto de la ‘ crisis normal ’ del envejecimiento... Lo que

puede observarse es una recapitulación, en sentido inverso a la anterior ontogenia de la madurez. Muchas personas de edad se resisten a renunciar a la primacía genital y procuran demostrar que siguen siendo como eran antes ”.

Este texto ejemplifica acabadamente el efecto de captura por lo imaginario que implicaría partir de los fenómenos observables y de lo evidente al profano, para concluir en una afirmación axiomática que se apoyaría en la ecuación vejez = crisis = regresión.

Esto es consecuencia de una concepción evolutiva de constitución del aparato psíquico, como correlato de la evolución biológica y, consecuentemente, su involución en sentido inverso a partir de la supuesta finalización del predominio de la genitalidad, de lo cual se deduce un concepto de regresión como vuelta atrás, a anteriores etapas pre- genitales. Se habla de regresión precisamente por la depositación en el viejo de lo “ siniestro ”; él

” evoca en nosotros vagas nociones de procesos automáticos (demenciales), mecánicos, que podrían ocultarse bajo el cuadro habitual de nuestra vida ”².

Es decir, el carácter nefasto del retorno involuntario, repetitivo, a un primitivo lugar.

Es impresionante el poder alienante, obturador, defenestrador del sujeto, que representa esta lectura que lleva, en sus consecuencias clínicas, a colocar al terapeuta en el papel de

encargado de corregir la fantasía desadaptada de quien no se resigna a aceptar la realidad de la involución.

Es auspicioso reconocer el cambio radical de posición que adoptó el autor en los últimos años de su práctica profesional. En un escrito que refleja sus experiencias recientes en la materia, comenta con relación a los especialistas en viejos⁷ :

“ Frecuentemente sus actitudes y valores son el reflejo de toda la sociedad y no sólo el producto de su objetividad científica. Muchos mitos y estereotipos han sido puestos en lenguaje científico en un intento de darles credibilidad... ”

Más adelante, a partir del análisis de interesantes casos clínicos, sostiene:

“ El peligro en hacer generalizaciones sobre los problemas centrales de la vejez y reducir todo a temas tales como la adaptación y la supervivencia, es que esta manera de ver las cosas no hace justicia al amplio espectro de personas de 60 ó 70 años que permanecen interesadas en la búsqueda de satisfacciones pulsionales, que intentan nuevas relaciones objetales, que hacen contribuciones a la sociedad y que, obviamente, tienen el potencial suficiente como para emplearlo en algo más que sobrevivir. Muchos de estos pacientes se aferran a sus deseos y sentimientos exactamente igual que como lo hacen los más jóvenes ”.

Es reconfortante comprobar que largas décadas de atención a viejos consiguen flexibilizar la escucha y derribar estereotipos.

Sin embargo en nuestro medio, entre nuestros analistas, es habitual aún aquel enfoque. Así leemos en un trabajo acerca de la constitución de grupos terapéuticos con viejos ⁸:

“ Las modificaciones que se operan en el aparato psíquico hacen que la descarga de los impulsos se vea más facilitada porque existen menos inhibiciones que traben su expresión. El Ello cobra hegemonía frente al Yo y al Superyo. Se dice que el viejo vuelve a la niñez. Rabietas, obstinación, descontrol, son conductas propias de esta edad, equiparables a la de los niños... En la vejez el Superyo tiende a asimilarse a sus primeras formas de expresión. La conducta considerada como correcta es determinada ahora, como en la niñez, en relación a las personas significativas para el individuo, más que por un sistema de normas y valores introyectados... ”

“ ... Se da un proyecto de constricción paulatina que lleva a un repliegue narcisista... Este mecanismo que, según Freud, se da normalmente en las enfermedades y en el dormir, ocurre también en el envejecer... Se vuelve a patrones de conducta más arcaicos, caracterizados por el predominio de impulsos irracionales y por una menor integración del yo. Así como el fenómeno de regre-

*sión en el tratamiento de adultos es la excepción,
en el tratamiento de viejos es el estado común ”.*

Como vemos, de acuerdo a este enfoque teórico, que avala “ lo que se dice ”, la involución psíquica y la regresión no atañerían sólo al ámbito de la genitalidad, sino que se extienden desencadenando una verdadera desestructuración del aparato psíquico: hegemonía del ello, disminución de las inhibiciones, degradación superyoica, debilitación del yo.

La patología narcisista no sólo sería inherente a todo envejecimiento sino que, además, se trataría de un proceso irreversible.

Afirmar que la regresión es un “ estado natural ” en la vejez y una excepción en la adultez implica un mal uso del concepto. La idea de la regresión, desde Freud hasta sus seguidores, es una de las más controvertidas de la teoría psicoanalítica, suscitando polémicas y múltiples enfoques.

Por la envergadura que adquiere como herramienta explicativa en el abordaje teórico – clínico habitual de la vejez, convendría precisar su alcance. Para tal fin recurro a un esclarecedor trabajo de Alberto Marticorena⁹, de acuerdo con el cual

“ En sentido amplio toda la concepción psicoanalítica del sujeto es regresiva ”,

La regresión no podría corresponder tan sólo a la vejez como “ estado natural ” de la misma. Desde un punto de vista estricto acerca de los desvíos que se cometen en su aplicación a la psicopatología, transcribo de dicho trabajo:

“ ... las referencias necesarias para entender la dificultad de mantener el término regresión aplicado a la comprensión de la clínica y para hacer claro el desvío respecto del sentido en que debe ser tomado en el conjunto de la teoría. Son las siguientes:

- a) oponer como excluyentes los términos y el sentido de regresión y progresión y mantenerlos subordinados al factor temporal;*
- b) reservar a la regresión, por el efecto de un corrimiento, el sentido de un movimiento real y hacia atrás que culminaría en una relación también real pero distorsionada;*
- c) olvidar la noción de ´ a posteriori ´ como propia del dominio de lo inconsciente, con lo que se termina sosteniendo una concepción lineal del tiempo para entender el desarrollo del sujeto;*
- d) como consecuencia de lo anterior, entrar en contradicción con la noción de atemporalidad de lo inconsciente y*
- e) hacer de un término esencialmente descriptivo, un término tópico – dinámico explicativo, comparable a las ´ operaciones de los procesos de defensa ´ ”.*

Si desde una concepción psicoanalítica no hay cuerpo biológico para el sujeto humano – sino que el cuerpo adviene a una trama significativa - no hay encuentro con lo real de un modo natural, sino que siempre es a través del orden simbólico, no podemos sostener la idea de un desarrollo psíquico

determinado biológicamente, condicionado por fuerzas orgánicas y modificado secundariamente por influencias externas.

Esto significa que, explicar los avatares de la genitalidad en el envejecimiento de acuerdo a posibles modificaciones orgánicas, por un lado, y a la influencia del medio social por otro, es válido desde un saber gerontológico, pero resulta en generalizaciones que no son eficaces en el abordaje psicoanalítico.

Si concebimos al aparato psíquico como una red de trayectos interdictos, invertidos, desviados, como una escritura en la cual el ordenamiento significativo marca el destino de la pulsión, entenderemos que

“ la regresión no alcanza sino a los significantes (orales, anales, etc.) de la demanda y no interesa a la pulsión sino a través de ellos... ”¹⁰. “ ... Pues la regresión no muestra otra cosa que el retorno al presente de significantes usuales para los cuales hay prescripción, lo que equivale a decir que se plantea en el lenguaje de la oralidad, de la analidad, una fantasía genital prohibida y que, entonces... esta regresión no es real, no se manifiesta sino por inflexiones, giros, tropiezos tan ligeros que no podrían en última instancia sobrepasar el artículo del habla ‘ babysh ’ en el adulto... ”¹¹.

Sólo en la escucha de la trama significativa del discurso, a través de lo imaginario y bordeando un real, accederemos a la interpretación del devenir de la sexualidad, en tanto una modalidad más de las

*“ producciones psíquicas que representan la pro-
gresión en la aparición de las maneras en que el
sujeto puede ser... ”*⁹

Es decir, entonces, que las modalidades que adopte la sexualidad serán de existencia enteramente original, no debemos entenderla en la vejez como

*“ retroceso respecto de una formulación genital superior que luego será reprimida y movida a dar pasos atrás, sino que se cumple en ella un modo particular y específico, nuevo, de realizar el complejo de Edipo ”*⁹.

Estas formulaciones intentan sobrepasar una mera especulación teórica. Es imprescindible comprender la importancia que adquiere el manejo preciso de estos conceptos pues, más allá de la puja entre distintas corrientes psicoanalíticas que supone, lo que está en juego es la posición que se ocupa en la escucha de la problemática de la vejez.

Así, que la sexualidad se manifieste de acuerdo a los significantes prescriptos, tiene consecuencias directas en el desempeño sexual del viejo, pues las conductas que adopte con relación al modo, a la frecuencia, a los objetos disponibles o no, serán efecto de esta determinación simbólica.

Tomemos así, una norma prescripta socialmente: “ la sexualidad, en la vejez, es cosa del pasado ” y pasemos a uno de nuestros “ casos ” supuestamente regresivo, ya que – más allá de su falla de memoria – la que estaría puesta en cuestión sería su genitalidad. La regresión desde la imagen

unificada a los trazos desarticulados como metáfora de la involución de su potencia genital.



Pero la tira nos muestra otra vía de interpretación. Vemos que el viejo no sufre de impulsos, actuaciones, desintegración yoica, es un viejo que se cuestiona, que pregunta, que hace metáfora, que dispone de la simbolización de la castración – lo muestran sagazmente las tiritas negras – a pesar de un posible deterioro orgánico.

Porque lo que la historieta denuncia es que el viejo conserva un imaginario – simbólico acerca de la mujer, pero que se le está desarticulando, que está siguiendo un camino regresivo - de la representación total a los trazos primarios, como sucede en la elaboración onírica – porque el “ polo motor ” está ocluido.

Está claro que su reclusión en ese ambiente reclusivo, donde el cuerpo de la mujer está perdido tanto en la imagen como en su nominación, favoreció este camino.

Así debemos entender la posible regresión en el viejo: como una desarticulación significativa, desarticulación en la cual el Otro del universo simbólico está implicado.

Esta oclusión, que es efecto de la norma prescripta anteriormente mencionada - “ la sexualidad en la vejez es cosa del pasado ” - achata su dimensión simbólica, haciéndole “ perder la memoria ”, constituyendo verdaderos “ diques ” orgánicos pues, si “ recordar ” la sexualidad no se ajusta al discurso vigente ¿no será entonces que el olvido, el deterioro, es funcional al mismo?

En la medida en que no hay reconocimiento del deseo, en un mundo sin mujeres para este viejo – y por lo tanto, sin hombres – se favorece un proceso regresivo.

Si la demanda, en la que se articula simbólicamente el deseo, no es escuchada o, mejor dicho, es escuchada al mo-

do de la necesidad y se intenta " curar " el síntoma orgánico, creyendo *hacerle un bien*, el efecto será de mayor sufrimiento, en tanto el sistema cultural siga incólume.

El punto paradójico de la escena es la cara de satisfacción de la monjita, que cree hacerle un bien, devolviéndole la felicidad perdida. ¡Si supiera de qué se trata!

Pero aquella casta monjita no imaginaba el alcance de la caridad porque no le importaba el alcance de su pregunta, en la posición habitual del médico, de tantas terapias, que ejercen su saber acerca del déficit corporal y alivian el síntoma, pero no se hacen cargo ni de lo que el síntoma *dice* ni de las consecuencias de ese alivio. Comprobamos frecuentemente en la clínica que, a veces, más vale no recordar, no escuchar, no caminar...

La tira advierte: no quedarse tan tranquilo al satisfacer una supuesta demanda, las consecuencias pueden ser peores para el enfermo. Es lo que se plantea habitualmente en gerontología: " agregar años a la vida ¿para qué? "

Este es el efecto de las prácticas *ortopedistas* de apuntalamiento, de las técnicas destinadas maníacamente a insuflarle vida, para devolverlo imaginariamente *entero* a una estructura que le hará sentir – ahora sí angustiosamente - su impotencia.

El terapeuta, el médico, todo abordaje instituido socialmente para responder a las demandas tienen este límite; lo que demanda es otra cosa y ésta es la dimensión del *malestar en la cultura* que el Psicoanálisis viene a denunciar. Se entiende que no se trata de la cultura en tanto lo que viene de afuera, del entorno, de los otros, sino que es el Otro en tanto discurso cultural que nos constituye como sujetos. No se trata de lo que la cultura *le hace* al viejo, sino de lo que el viejo,

cada uno de nosotros, hace con un aspecto nuclear de sí mismo.

Este caso denuncia cómo la cultura, en sus diversos ámbitos (aún en prácticas psicoterapéuticas), favorece la regresión, lo impotentiza al viejo, luego cura su impotencia en sus efectos, le permite rearmar sus deseos pero, mientras tanto, persiste en el desconocimiento del sujeto, a pesar y a través de los adelantos científicos y de los avances en el confort.

Mientras se le tape la boca con un remedio, el viejo sólo podrá vivir soñando, sólo le quedará el camino regresivo, con su posible secuela de psicosis, actuaciones, conductas desajustadas, o también, como defensa frente a la fragmentación, identificarse a la imagen social y asumirse como enfermo orgánico, antes que asumir una sexualidad que se torna traumática.

Por el contrario,

“ un anciano que conserva la integridad de su interés profundo ante el mundo inmediato y a quien la inevitable proximidad de la muerte ha conseguido darle la convicción de la trascendentalidad de la vida, está por ello pleno de erotismo en el hondo y alto sentido de la palabra. En tal tesitura la vejez es una plena culminación y no la convivencia con la marchitez orgánica. ”¹²

El achatamiento simbólico que se ejerce sobre el viejo quizás sea el mayor de los maltratos que sufre, el fundamento de todos los maltratos, pues es desconocerlo en su condición de sujeto de deseo. Y también el que más sutilmente se prac-

tica. En el ámbito familiar, cuando no se lo escucha, cuando carece de un lugar de opinión, cuando se lo aísla, más que de privación sensorial, se trata de la pérdida de la intersubjetividad.

Esto se manifiesta habitualmente en los grupos de reflexión – oportunidad de diálogo - en las quejas de los viejos de no tener quién los escuche.

También cuando a nivel social, incluso a nivel profesional, se los trata de " abuelos ", lo que se le está restringiendo es su universo, su " ser en el mundo ", a la condición de abuelidad.

Pero muchos se rebelan contra esta apelación. Seguramente son, según Berezin,

" los que se resisten a renunciar a la primacía genital y procuran demostrar que siguen siendo como eran antes ".

Así, contaba un Profesor de Música, que había programado sus clases con viejos en base a canciones infantiles, pues " suponía que les gustaría cantar lo que se le canta a los nietos " o el " cuenta - cuentos ", que en los encuentros grupales se asombraba de que los viejos no cuenten cuentos " verdes ".

Estas suposiciones, estas programaciones, estos asombros, delatan que, al llamarlo " abuelo ", la idea de abuelidad que se maneja es lindante con la de " puerilidad " - tal como vimos en la frase que los homologa a los viejos con los chicos – y tiende a promover un efecto regresivo.

A menos que no se dejen...

Tal es el caso de este diálogo en la verdulería:

- ¿ Qué va a llevar, abuelo ?
- ¡No, yo no soy abuelo! ¡Yo soy el guapo del ´900!

Pero más terrible se vuelve esta práctica de achatamiento o subducción simbólica del discurso del viejo, con su efecto favorecedor de la regresión, cuando se ejerce desde un abordaje psicoterapéutico. Lo veíamos en ciertos enfoques teóricos acerca de la regresión en el viejo, pero más cabalmente se manifiesta cuando se refieren a las consecuencias en la clínica⁸.

“ Dado que la regresión conduce al anciano a niveles pregenitales, el lenguaje vuelve a adquirir características primarias. Salvo excepciones, el lenguaje en el geronte se concretiza... El simbolismo de la interpretación no puede ser captado y compartido... El interés está centrado en la comprensión psicodinámica de los determinantes actuales de la enfermedad, crisis o descompensación. Los factores históricos no se priorizan frente a los actuales y situacionales que afectan al paciente. Para ello se jerarquiza de manera muy especial la realidad externa del paciente... Asimismo, la relación terapéutica tiende a proveer un contexto de protección y gratificación emocional que alivie ansiedades profundas... Por su lado, el terapeuta, con su propia actividad provee, ade-

más, al paciente de un modelo yoico de identificación... ”.

Vemos, entonces que, de acuerdo a este enfoque, el tratamiento de un viejo, por lo general, se caracterizaría por:

- lenguaje primario concreto;
- ausencia de simbolismo;
- no captación de la interpretación;
- material actual y situacional vs. histórico;
- realidad externa vs. realidad psíquica;
- “ relación ” de protección y gratificación emocional;
- posición activa por parte del terapeuta;
- identificación del paciente al yo del analista.

¿Qué psicoanalista que se precie se animaría a esta empresa?

Aún así, podría ser que un terapeuta no demasiado prejuicioso se dispusiera a tomar un paciente viejo en tratamiento.

En tal caso, es probable que realice inicialmente un proceso de diagnóstico que quizás le lleve a aceptar que se trata de un paciente neurótico pasible de análisis. Pero estará alerta por lo que, teóricamente, se supone que les pasa a los viejos. Avanzará con temor y en algún momento sonará la señal de alarma (punto de angustia del analista) y ante el fantasma de la regresión, cerrará sus orejas y extenderá sus brazos en gesto protector.

Todo síntoma, inhibición, somatización, se hará sospechoso de indicador de deterioro orgánico y promoverá una

marcha atrás en el proceso analítico, en lo que constituirá una *idiotización* del viejo por parte de las *terapias de apoyo*, con su efecto de achatamiento de la dimensión simbólica por el imaginario... del analista que, en última instancia, es lo que terminará instalándolo al viejo en un proceso regresivo.

Tomemos por caso, un paciente de 68 años que cae en un estado depresivo a partir de su jubilación. El terapeuta descrea de la posibilidad de llevar adelante un proceso analítico e interpreta " el pase a la pasividad " en la vertiente de la homosexualidad, ya que, de acuerdo a su saber, la genitalidad retrocede en la vejez – por eso *desconfía* del relato por parte del paciente, del acto sexual con la esposa (¿o es que le impacta?) – dando paso, debilitación de las defensas mediante, al reflujo de la corriente homosexual anteriormente reprimida.

Corresponde decir, con relación a la jubilación, así como con cualquier avatar de la vida de un sujeto, que, psicoanalíticamente hablando, no puede tener una significación unívoca, sino que, como siempre, debe ser escuchada en el encadenamiento discursivo particular. En este caso la jubilación, vivida como signo de la decadencia, lo re-instalaba en el lugar del padre impotente e ineficaz y la falla de los rígidos mecanismos obsesivos dejaba al descubierto su condición de objeto de goce de la mujer, condición de la que no había salido nunca.

Es decir que, el pasaje a la pasividad se le enlaza con algo del goce, pero como la actualización de una historia que siempre fue.

Esto es contraponer a una lectura diacrónica, de corrientes progresivas y regresivas, que avanzan y vuelven atrás, el

rescate de la sincronía del orden significativo, como condición estructurante en la organización del sujeto.

Este enfoque acerca de la regresión, como la actualización de una historia que siempre fue, o como " el retorno al presente de significantes usuales para los cuales hay prescripción ", es lo que también nos va a permitir encarar la interpretación en los " casos " anteriormente presentados.

Si los enfoques habituales, convencidos de la inevitabilidad de la regresión en la vejez, quedan capturados - como acabamos de ver -por la imagen del último *cuadrado* de la vida, procedamos en cambio, a desplegar " la historieta " de cada uno a fin de que el orden significativo advenga.

MAMA, ¿VOZ VAZ A
EZTAD ZIEMPDE, ZIEMPDE
CON ÉZTE NENE?



¡SÍ, HIJITO!; MAMA'
VA A ESTAR SIEMPRE,
SIEMPRE CON
ÉSTE NENE!!



4018



Escuchemos cuál es el engranaje particular que adopta en él el circuito idealizante Yo-Ideal – Ideal del yo). En esta historia hay otro omnipresente que hace sombra a todo otro objeto, un Otro sin tachar que incondicionalmente se ofrece para colmar la demanda de amor.

La madre constituyó el ideal omnímodo que, a partir de ese primer enamoramiento, lo instituyó en el lugar de Yo – Ideal.

La imagen del hijo como falo es la pantalla en la que la madre engaña su deseo y con el mismo gesto engaña al hijo: donde en apariencia se trata de una relación dual (hay dos corazones) son tres los términos que juegan.

Este sujeto no se jugó en la vida – lo indican sus objetos desdibujados – pues fue endeble su sujeción a ideales; los emblemas por él conseguidos son los que la enorgullecen a ella, los que la reafirman en el lugar del ideal.

Es así como estuvo detenido el movimiento de su deseo (en tanto intento siempre fallido de encontrar y nombrar el objeto perdido) con la ilusión de que no lo perdió (favorecido por la ilusión de ella).

Si tomamos en tratamiento a este viejo en su *cuadrilo* final, en lugar de quedar prendidos de su lenguaje pueril y concluir: regresión, deberemos entenderlo como re – significación de todo ese proceso.

Si tuvo que esperar a que su madre muera para reconocer que está solo, que la perdió, que no la tiene, es porque no hubo posibilidad exitosa de simbolización de la dialéctica ausencia – presencia que es, a cualquier edad, la posibilidad de elaboración de un engaño, de la ilusión de completitud.

Si bien aparentemente atravesó las distintas etapas vitales, podemos destacar lo ilusorio que es atenernos a la apa-

rente *realización personal*, a los *logros*, de acuerdo a los objetivos de adaptación social, o regirnos por los *modos de presentación*, los aspectos descriptivos que nos marcaría la psicología general o social, a fin de arribar a un diagnóstico.

El cumplimiento de etapas (haber logrado educarse, casarse, trabajar, tener hijos, acceder a cierto confort) no hablan de por sí acerca del atravesamiento, de la simbolización, de la castración.

Lo interesante de esta tira es que muestra con genial simpleza cómo la estructura del sujeto va marcando todo su proceso vital y cómo su envejecimiento es efecto del mismo.

Lo que no pudo ser simbolizado en el primer cuadrado, es simbolizado en el último.

Y ésta es una posibilidad privilegiada en el envejecimiento, como veíamos en " Edipo Viejo ":

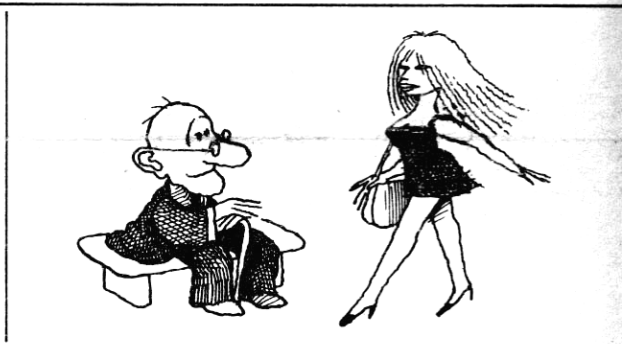
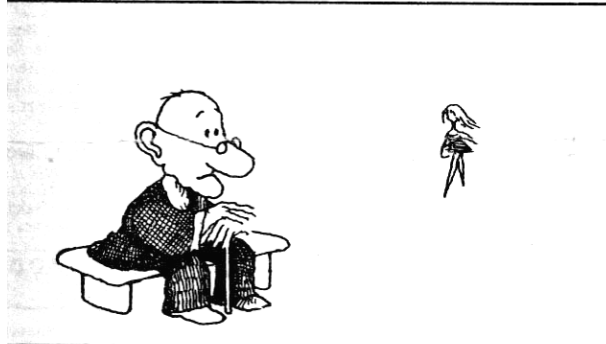
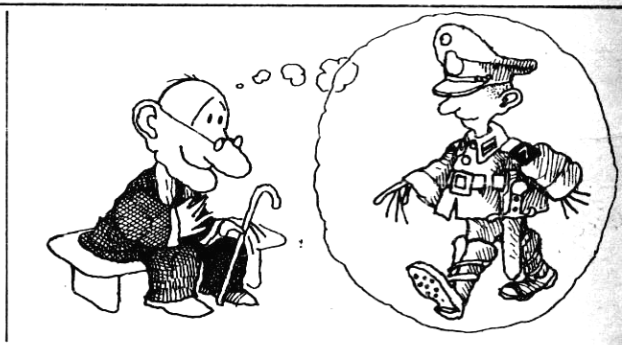
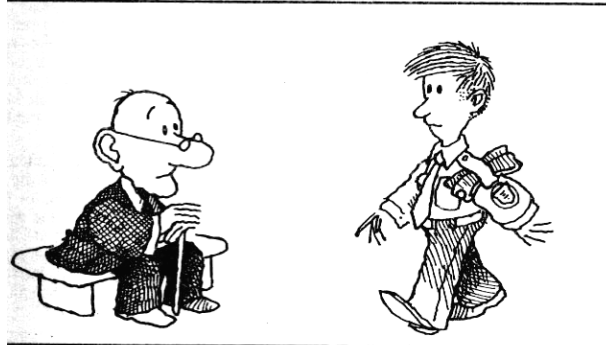
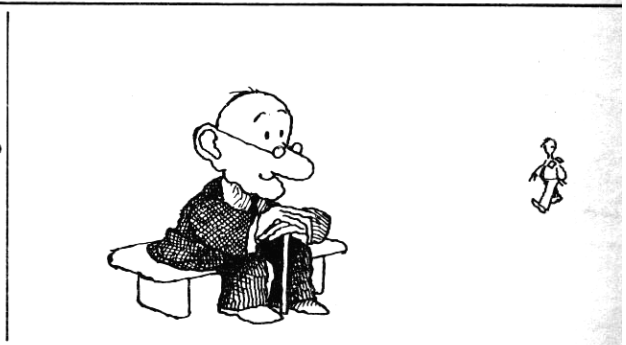
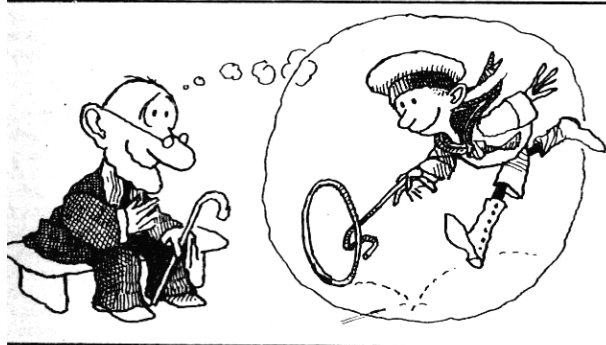
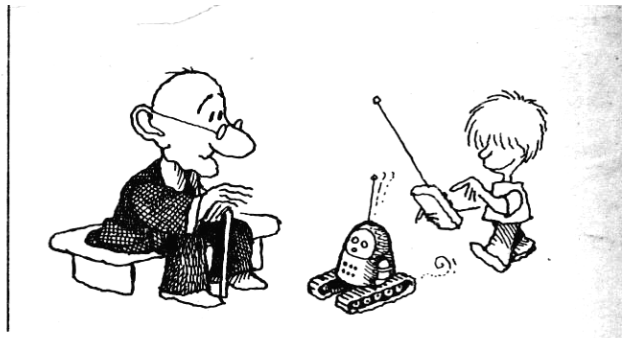
" La desmitificación del imaginario previo: ' Cuando nada soy es cuando soy hombre ' (Edipo en Colona de Sófocles). La vejez en tanto ruptura de espejos, caída de ilusiones, confrontación con la pérdida y la muerte, suele ser el momento de máximo enfrentamiento con la Verdad del sujeto... ' cuando la Parca del Orco se nos presenta sin himeneos, sin liras, sin danzas, en los supremos momentos '... "

Es la muerte de su madre lo que actúa como metáfora paterna: se rompe la unificación ilusoria de la madre. A través de la castración simbólica, el hijo, como efecto de ser ubicado en relación a una Ley, deja de ser el único, es decir, el que satisfaga la totalidad del deseo materno.

La castración sólo es eficiente al descubrirse en la madre y este viejo está descubriendo el deseo de ella, su engaño. Adviene a la certeza de que el Otro no posee la completitud que parecía tener, de que no hay Otro.

Si hay algo que aquí pueda ser llamado "regresión", será en el sentido de que se plantea en el lenguaje de la oralidad, una fantasía **genital** prohibida, pero se trata del lenguaje que siempre usó, nunca conoció otro. Y será en esa pronunciación de su primera palabra que quizás pueda realmente comenzar a hablar.

El siguiente caso, representación imaginaria cabal de un viejo regresivo – cual es un viejo con chupete - se podría decir que es casi una respuesta ridiculizadora a aquellas teorías que la conciben como un movimiento real hacia anteriores etapas, en un aparato psíquico desestructurado.



El recurso al chupete aparece claramente como una coartada del dibujante, como efecto de contraste entre la reacción común habitual en un viejo normal, en los primeros cuadritos, con la reacción de ese mismo viejo ante algo que lo conflictúa. Esto es lo interesante de esta historieta con relación al concepto de **regresión**: que una **conducta regresiva** no es indicio de estructura ni de *des - estructura*, sino que se trata, simplemente, de un recurso.

En este caso, estamos ante un viejo sentado en una plaza. Actitud contemplativa que diversas circunstancias de la vejez facilitan. El paso de las nuevas generaciones, cada una en su etapa evolutiva, desencadena sus reminiscencias. Esto es, el rescate de su propia historia, lo que le permite ubicarse a sí mismo como sujeto, posibilitado de mirar con simpatía a los jóvenes.

Pero hay un punto en el cual el bienestar sí se perturba y la posibilidad de reminiscencia se detiene: ¿por qué no puede recordar tranquilo su sexualidad?

Precisamente porque la sexualidad no es algo *a recordar* en el viejo, no es una etapa superada, es algo actual, tan actual que, por el recurso al chupete, vemos que le despierta *ganas de algo*, pero de algo que le resulta perturbador, cuyo acceso está obturado por obturaciones internas – externas que no le permiten rescatar su historia con bienestar ni instrumentar adecuadamente una respuesta a esa demanda.

Y el chupete lo puede tener siempre a mano, aunque lo deje de manos cruzadas.

El recurso al chupete es taparse la boca, deteniendo así la articulación del deseo en la demanda. Es lo que le permite seguir sentado en el banco contemplando pasivamente y es el tener que quedarse sentado en un banco de la plaza, en acti-

tud pasiva, contemplativa, mirando la vida pasar, lo que le hace recurrir al chupete.

Es una imagen más acorde, más simpática, más *chistosa*, ver a un viejo sentado en una plaza de brazos caídos, chupando un chupete, que verlo yendo en pos de una mujer.

Se trata, una vez más, de los significantes prescritos culturalmente que *retornan*. Este es un viejo que, de acuerdo con el ideal de Berezin⁷ se asume como regresivo, se identifica con la imagen social de la sexualidad en la vejez como goce perverso, así como poseedor de un cuerpo enfermo.

Pero, así y todo, vemos que se trata de un conflicto muy puntual: hay identidad sostenida en ideales cumplidos, hay simbolización, no se trata de un yo debilitado, su vejez no implica de por sí un movimiento regresivo.

Esta irrupción del conflicto en el viejo resulta además interesante desde otro punto de vista, pues nos introduce en una distinta cuestión del abordaje teórico – clínico de la vejez cual es el par antitético reminiscencia – nostalgia: dos modalidades del recordar que caracterizan habitualmente al envejecimiento normal y al patológico.

La importancia y la gravitación de la reminiscencia en la vejez fue destacada en las investigaciones llevadas a cabo por Mc Mahon y Rhudick¹³, quienes demostraron que la tendencia a la reminiscencia no está relacionada con la declinación de las capacidades intelectuales con la edad y que es, asimismo, inversamente proporcional a la presencia de depresión.

En la primera parte de esta historieta estamos ante una actitud reminiscente, el viejo ve su imagen reflejada en esos otros. Esos otros le devuelven una imagen de sí *realizada*, es

decir, un Yo - Ideal estabilizado, en la medida en que ve cumplidos los ideales del Yo.

La reminiscencia sería efecto del cotejo entre los ideales del Yo y el Yo – Ideal, los ideales de la cultura y su Yo como realizado, si partimos de que el circuito del Ideal del Yo es el que regula el funcionamiento de la red especular del Yo, constituye su mundo, el mundo de los objetos imaginarios.

Es además quien comanda las relaciones con el semejante y quien guía y sitúa el deseo; por eso, en la relación con las nuevas generaciones, en este caso, hasta aquí, no aparece conflicto, la reminiscencia indica predominio del principio de placer, homeostasis.

Este viejo puede ser reminiscente porque vivió esas etapas y siente que las vivió bien, pertenecen a su pasado, se identifica en continuidad con esas generaciones y, seguramente, si alguno de ellos se sentara a su lado, estaría en condiciones de sostener un diálogo gratificante para ambos.

Cuando aparece la mujer, ella actualiza la falta, reintroduce el deseo, que sigue siendo actual. Le llama, le pide y ahí se produce la oclusión imaginaria de esa demanda, el camino directo, sin mediación simbólica, de satisfacción pulsional.

Lo que era rememoración de su historia, reconstrucción imaginaria, de repente se ve interrumpida. No puede recurrir a la reminiscencia pues, por algún motivo, la sexualidad aparece para este sujeto como formando parte de

*“ todo aquello que considera que ha perdido y que
ahora siente que pertenece a otros – los jóvenes -
..*

o lo que

“ no ha podido concretar a lo largo de su vida y que la personificación de la muerte en sí mismo le hace aparecer sin el tiempo necesario para alcanzarlo. ”¹⁴

Pero éste es precisamente el concepto de nostalgia – en tanto recuerdo con tonalidad afectiva dolorosa que, de acuerdo con Salvarezza, es una de las características del envejecimiento patológico.

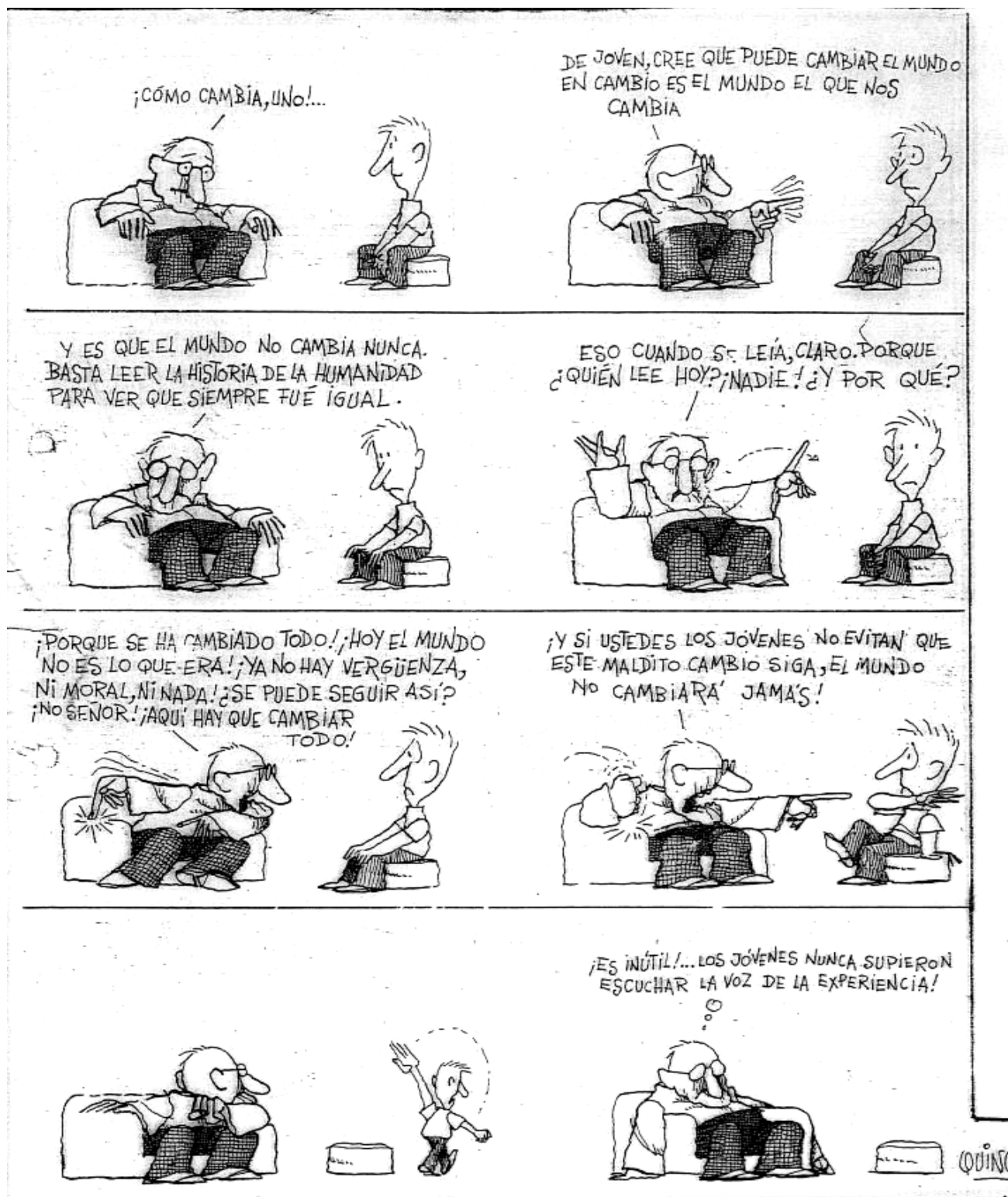
Esta historieta nos demuestra entonces que debemos ser cautos en tomar a la tendencia a la reminiscencia o a la nostalgia, de por sí, como indicadores – diagnóstico del envejecimiento normal o patológico de un sujeto. En tanto modalidades del recuerdo, forman parte del campo narcisístico y éste, en su valor imaginario, nunca funciona solo, funciona en una persona deseante.

Es así que la conflictiva en juego va a poner un límite a la tendencia a la reminiscencia, ya que ésta se sostendrá en la medida de la posibilidad del sujeto, de mantener activo su deseo.

Si esto no sucede, si no hay condiciones internas – externas para “ seguir en carrera ” de alguna u otra manera, la reminiscencia se irá tornando en nostalgia.

Interesa destacar, por lo tanto, que hay que escuchar la calidad de la reminiscencia, es decir, en qué discurso se articula, en qué posición del sujeto respecto a los ideales, al deseo, para entender, en muchos casos, la dinámica de su transformación en nostalgia.

La conflictiva en juego respecto a " seguir en carrera " - con relación a los jóvenes – es lo que se plantea en el siguiente caso.



No siempre, ni necesariamente, se trata de que el viejo no tiene quién lo escuche.

Aquí aparece un joven dispuesto a "escuchar la voz de la experiencia", situación que parecería favorecer una posición reminiscente en el viejo.

Pero veamos cómo, gradualmente, esa voz comienza a apuntar sus dardos contra los sueños juveniles, en actitud típica de la posición nostálgica, en tanto fracaso de los propios sueños. Transmite desesperanza, en el discurso totalizante propio de las posiciones autoritarias (obsérvese el dedo fálco del poder): Nosotros o Ustedes, Siempre o Nunca, Todo o Nada.

Lo que no se acepta, en última instancia, es la posibilidad de compartir el poder... de cambio.

Me refiero aquí al concepto de **Discurso Totalizante** propio del Yo - Ideal, tal como lo formula H. Bleichmar¹⁵:

"El Yo – Ideal no es una única y determinada representación ya formada, sino el conjunto de las representaciones que el discurso va construyendo en verdadera cascada, impulsado por la búsqueda de placer narcisista... Nos encontramos así con que cuadros tan diversos como el odio paranoide, el enamoramiento del Yo – Ideal y la denigración melancólica, se asemejan sin embargo en la estructura del discurso que gobierna la relación que alguien tiene con el sujeto: un juicio global sobre el ser, cualquiera que sea la razón por la cual se haya llegado a él, determina en un ´ a priori ´ los juicios que puedan formularse sobre cada aspecto parcial. Es un discurso auto – sostenido, en que

todo está decidido de antemano. Con esto llegamos a lo que podríamos llamar el discurso totalizante, aquél que corrobora y desarrolla una tesis que es grata para la afectividad del sujeto... ”

Si se establece una relación de rivalidad es porque se plantea en términos de especularidad – yo o el otro, lo que tiene el otro me pertenece, si el otro tiene el poder, el saber, me aniquila, anula el valor de mi saber – desconociendo que el lugar del Saber será siempre carente, que la Verdad está siempre en otro lugar, en un punto que falta al Saber, que nadie la tiene.

Así, lo que comienza siendo una, aparentemente normal, función de abuelidad – con la facilitación que representaría la presencia del nieto para la elaboración de las pérdidas de la avanzada edad – es interrumpido por los componentes narcisistas que obstaculizan el proceso.

Pasa a una actitud querellante que fomenta la lucha intergeneracional, al ubicar un enemigo imaginario – los jóvenes - como causante de la herida narcisista (que, aquí se ve, no es pérdida de autoestima, sino pérdida de goce) que suscita en estos cuadros la vejez, adquiriendo así el carácter de duelo patológico, con su característica nostalgia.

Esta historieta evoca, además, otro aspecto interesante con respecto al recordar en la vejez, cual es su cotejo con los ensueños juveniles, en lo que se constituiría en un punto más a destacar en la – ya remarcada por diversos autores – correspondencia entre los procesos de la adolescencia y de la senectud.

Considero que la función de la reminiscencia en la vejez se correspondería con la función del sueño diurno caracterís-

tico de la pre-pubertad. Participarían ambos fenómenos – en tanto efecto del incremento de la interioridad en cada una de estas etapas – del carácter de movimiento imaginario del deseo en dirección a su realización.

“ ... Una actividad imaginativa de particular intensidad que, manifestada primero en los juegos infantiles, domina más tarde, hacia la época pre – puberal, todo el tema de las relaciones familiares. Un ejemplo característico de este tipo particular de fantasías lo hallamos en el conocido ‘ ensueño diurno ’, que persiste mucho más allá de la pubertad... Examinando detenidamente estos sueños diurnos, compruébase que sirven a la realización de deseos y a la rectificación de las experiencias cotidianas, persiguiendo principalmente dos objetivos: el erótico y el ambicioso, aunque tras este último suele ocultarse, también, el fin erótico. ”¹⁶

Otro carácter común sería la confluencia del presente, el pasado y el futuro en la elaboración de ambos productos imaginarios, aunque con distinta acentuación: el joven elabora el sueño diurno con los materiales de su infancia, a partir de la insatisfacción presente y realiza el deseo proyectando al futuro su imagen unificada, idealizada, mientras que el viejo elabora su reminiscencia, que realiza el deseo colocando en el pasado la imagen unificada, presentificando así y planteando como realizado, lo que ayer fue futuro.

“ Así, pues, el pretérito, el presente y el futuro aparecen como engarzados en el hilo del deseo, que pasa a través de ellos. ”¹⁷

Representa, la reminiscencia, el rescate de esos ensueños ya que, junto con los recuerdos del pasado, se retoman y se re-significan sueños e ilusiones.*

La confluencia de los tres tiempos en el recordar, es destacada por Stern¹³:

“ ... una función esencial del recuerdo es la de asegurar el propio pasado en forma adecuada y necesaria para uno mismo. El estado emocional

-
- * Resulta significativo señalar que, a la par del incremento de la reminiscencia, suele presentarse en el envejecimiento, el incremento de la religiosidad. La vejez – porvenir de ensueños juveniles – se plantea así, en ciertas estructuras clínicas, como punto de re-lanzamiento de la ilusión que sostiene a la religiosidad:

“ Se crea así un acervo de representaciones, nacido de la necesidad de hacer tolerable la indefensión humana y formado con el material extraído del recuerdo de la indefensión de nuestra Humanidad. Fácilmente se advierte que este tesoro de representaciones protege a los hombres en dos direcciones distintas: contra los peligros de la naturaleza y del destino y contra los daños de la propia sociedad humana... De este modo quedan condenados a desaparecer todos los terrores, los sufrimientos y asperezas de la vida. La vida de ultratumba, que continúa nuestra vida terrenal como la parte invisible del espectro solar, continúa lo visible, trae consigo toda la perfección que aquí hemos echado de menos. La suprema sabiduría que dirige este proceso, la suprema bondad que en él se manifiesta y la justicia que en él se cumple, son los atributos de los seres divinos que nos han creado y han creado el Universo entero... cuando el individuo en maduración advierte que está predestinado a seguir siendo siempre un niño necesitado de protección contra los terribles poderes exteriores, presta a tal instancia protectora los rasgos de la figura paterna y crea sus dioses, a los que, sin embargo de temerlos, encargará de su protección. Así pues, la nostalgia de un padre y la necesidad de protección contra las consecuencias de la impotencia humana son la misma cosa. La defensa contra la indefensión infantil presta a la reacción ante la impotencia que el adulto ha de reconocer, o sea, precisamente a la génesis de la religión, sus rasgos característicos. ”¹⁸

¿No es notable, aún en el mismo Freud, la insistencia con que aparece la temática de la religión, si bien a modo de análisis crítico de la misma, en las producciones de sus últimos años de vida?

en el presente y las esperanzas, temores y expectativas con respecto al futuro, determinan la forma en que los hechos del pasado se reviven o se evitan. "

Pero interesa puntualizar dos observaciones al respecto, necesarias para ubicar adecuadamente el concepto de reminiscencia: la primera, con relación al presente y la segunda, con relación al futuro.

Con respecto a la primera, si bien la reminiscencia se asocia con una " normal " elaboración del envejecimiento, no debemos olvidar que implica, asimismo, insatisfacción.

" ... este ejercicio de la función psíquica por sí mismo cuando existen menos oportunidades para gratificaciones reales, puede explicar el placer positivo que acompaña a la reminiscencia en algunos de nuestros sujetos... "

Con respecto al futuro implicado en la reminiscencia, se podría decir que la misma, además de constituir, como vimos, la realización de lo que ayer fue futuro, del mismo modo, ella será posible en la medida en que el sujeto se pueda proyectar a un mañana que lo trascenderá.

Esto es lo que determina la importancia – para que la reminiscencia siga conservando su tonalidad afectiva placentera – que adquiere la presencia interesada de un interlocutor joven, como destinatario de la misma.

Sintetizando estas dos últimas observaciones diré que, en la medida en que el viejo vea restringidas, cada vez más, sus posibilidades de acción en el presente o futuro, cada vez

menos, con destinatarios jóvenes que rescaten su reminiscencia, se verán deterioradas las dimensiones presente y futura implicadas en la misma e irá adoptando, gradualmente, una posición nostálgica, es decir, vivirá imaginariamente en el pasado, evadiéndose del presente e imposibilitado de proyectarse al futuro.

" El Ser verdadero del Hombre es su Acción ".

Sostiene Hegel¹⁹

" ... pues el presente de la Acción es la realización de un proyecto de porvenir: en y por la Acción (o mejor, en tanto que Acción) el porvenir tiene una presencia real en el Ser ... Y el porvenir está realmente presente en el futuro en tanto que proyecto discursivo ".

Al perder su condición de *ser dado*, a través de su acción, el hombre deviene consciente de su finitud y artífice de su propia muerte.

Este es el punto en que la correspondencia con los sueños diurnos insiste: sabemos que en la adolescencia, si bien constituyen un producto normal, propio del proceso de constitución de la identidad , de no haber posibilidad de desplegar el deseo a través de la acción, de no haber inserción, reconocimiento del joven, el proceso de ensoñación se irá haciendo patológico.

De la misma manera, la productividad, la actividad del sujeto en la vejez, será determinante para que la tendencia a la reminiscencia se sostenga dentro de parámetros de normalidad.

En las sociedades primitivas, la reminiscencia de los viejos implicaba de por sí, una posición productiva. Esto lo explica muy bien Simmons¹³:

“ Entre los pueblos pre - alfabetos, la memoria es la única depositaria del conocimiento, las habilidades y los rituales. Existen ejemplos ilimitados del papel de los ancianos como custodios de la sabiduría popular... Pocas conclusiones acerca de los ancianos en las sociedades primitivas pueden hacerse con mayor certidumbre que la que señala que, en general, se los considera como custodios del conocimiento por excelencia y como los principales instructores de su pueblo ”.

Era el reconocimiento social, por el rol activo y productivo que representaba la reminiscencia, lo que contribuía a reafirmar la autoestima del viejo.

Si bien los diversos autores señalan el cambio desfavorable que se produce para la identidad de los viejos en la sociedad industrializada, con el desarrollo de las comunicaciones y de la tecnología que acarrea, considero conveniente revisar la conclusión a la que llegan:

“ A veces, los parientes ansiosos, critican la reminiscencia dentro del grupo familiar, porque la consideran como un signo de deterioro en los seres amados. Por el contrario, parecería que esta conducta debe promoverse y que deberíamos crear ocasiones para que los ancianos se dediquen a las reminiscencias y no esperar que éstas

se adecuen a los estándares de exactitud de los textos históricos ".¹³

Considero que es riesgosa esta conclusión, porque no tiene en cuenta que la reminiscencia, en nuestros días, precisamente por los cambios sociales, ya no puede representar de por sí un rol productivo, como lo constituyó en el pasado. Ya no cumple una función social y, si bien se la debe rescatar y promover en su valor afectivo, deberíamos promover, a la par, la conservación del rol productivo a otros niveles, en términos de actividad, ya que, como contrapartida, el incremento de la longevidad y la mejor calidad de vida en la sociedad actual, sí lo permitiría.

Poner hoy en día el acento en el rescate de la reminiscencia, por el valor que tuvo en las sociedades primitivas, es reducir a los viejos de hoy a una posición reminiscente, que restringiría sus reales posibilidades como sujetos deseantes y creativos. Avalaría la tendencia de nuestro sistema social actual a radiarlos tempranamente del sistema productivo.

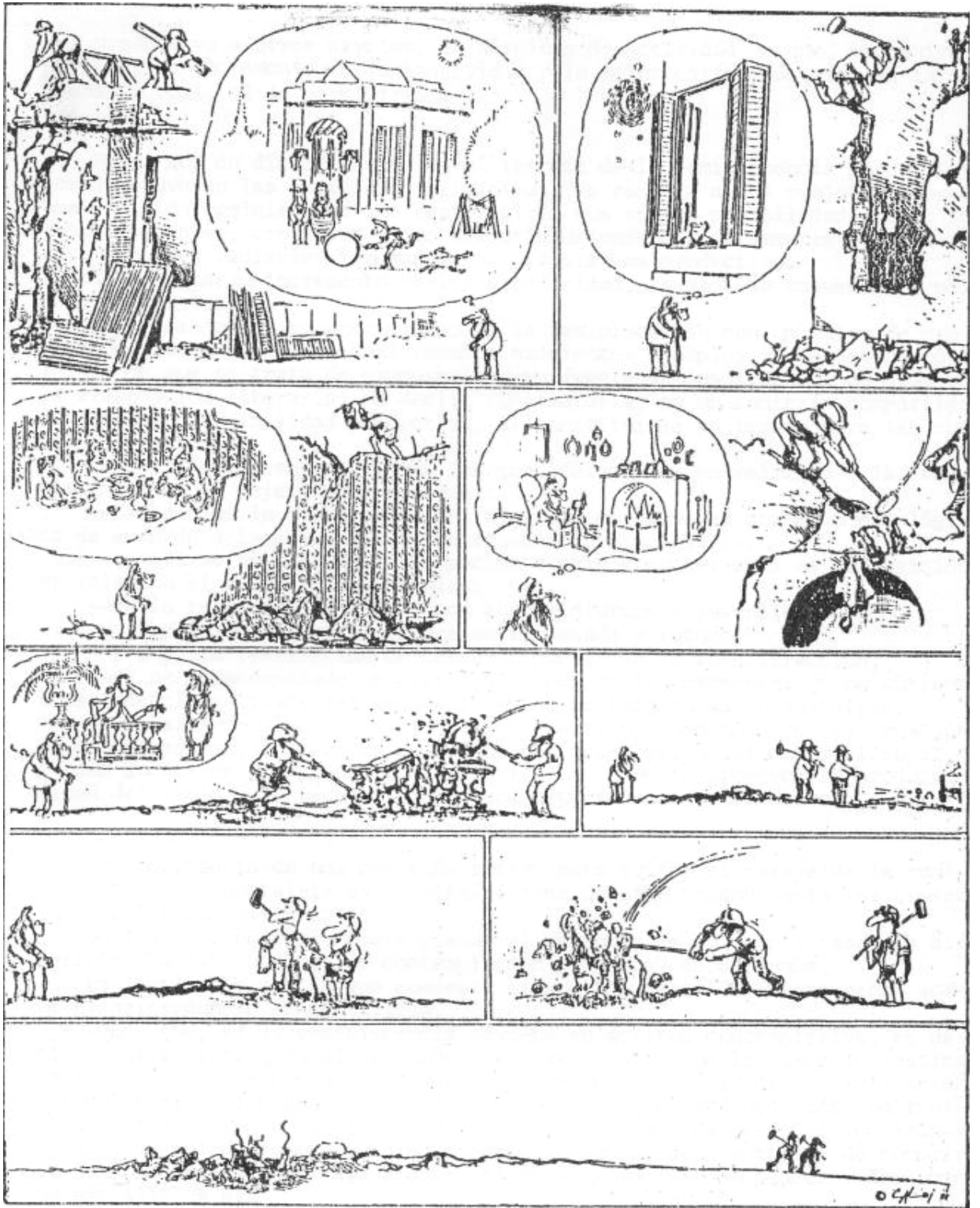
Sería un modo de fomentar el incremento de la interioridad, la vida de ensueños y, por ende, la nostalgia.

Otra cosa es el reconocimiento de la reminiscencia con un valor de producción creativa, de lo cual tenemos excelentes ejemplos en nuestro medio²⁰, ya que se trata de promoverla como fuente de inspiración, en aras de la elaboración literaria, es decir, sublimatoria, en un contexto compartido de pares y con finalidad productiva, al constituirse en legado para las nuevas generaciones.

Como síntesis, entonces, de lo expuesto con relación a la reminiscencia en la vejez, cabe tener presente las siguientes consideraciones:

- obrar con cautela en la elaboración de un diagnóstico de vejez normal o patológica, de acuerdo a la presencia de reminiscencia o nostalgia;
- remitirnos al discurso del paciente para escuchar su posición con relación a sus deseos e ideales;
- si no es acompañada de gratificaciones reales en el presente y no obtiene el sujeto trascendencia a través del reconocimiento del otro, se transformará en nostalgia;
- más allá de promoverla en su valor afectivo, como modo de reafirmación de la autoestima, a nivel de las relaciones interpersonales caras al sujeto, o como fuente de creaciones sublimatorias, deberíamos promover la productividad del viejo y su reconocimiento como sujeto activo de deseo.

La importancia de adoptar una posición activa a fin de evitar el pasaje de la reminiscencia a la nostalgia, es también el tema de otro caso, esta vez presentado por el humorista Caloi.



Se trata de un viejo que está contemplando el derrumbe de su propia casa. La historieta *habla*, entonces, de contemplación y *habla* de derrumbe.

Es inevitable que, lo que comienza siendo una posición reminiscente, acabe transformándose en nostálgica.

Vemos que, si la reminiscencia adviene en actitud contemplativa, es decir, pasiva, entregada al derrumbe, y no hay otro que le sirva de destinatario – al modo de posta en la cadena de rescate de la antorcha de la herencia cultural - sino que, por el contrario, ese otro está dedicado con fruición – desconociendo el globito de los afectos implicados en el recuerdo – a la tarea del derrumbe, la reminiscencia, decía, dejará entonces de cumplir su función adaptativa, dejará de adscribirse al principio de placer y descubrirá un más allá de él.

Este es el punto en que algo del orden de lo siniestro de la historia personal confluye con un algo del orden de lo siniestro social: de un mazazo se puede acabar con un sujeto, en tanto este sujeto se haya convertido en piedra, en tanto este sujeto haya quedado identificado a esa casa, matriz simbólica que le permitió fijar su imagen narcisista en calidad de *pedazo* de ella.

Terminar petrificado, quebrable, es no soportar el duelo, porque en la pérdida pierde su identidad: de él no queda nada, quedó todo ahí, eso era todo él.

Es el mismo caso que la historieta del *mentidoza*: el sujeto ubicado como Yo – Ideal en la matriz simbólica materna como pedazo de ella, sólo que, en aquél, en la vejez, la muerte de su madre como momento máximo de desilusión, le permite arribar a la interpretación de la castración.

En tanto que este sujeto, había quedado prendido, afinado, en esos recuerdos y, así, lo que comenzó siendo un movimiento de reminiscencia, terminó en nostalgia.

No se logrará estabilizar, fijar, una imagen narcisista, si no hay por parte del sujeto, sostén en una referencia simbólica, en un emblema.

Si se carece de emblemas identificatorios o no se logra la sustitución por emblemas nuevos, los duelos no se soportarán, el Yo no se sostendrá y éste es uno de los avatares posibles en el proceso de envejecimiento – quedar arrojado al lugar de desecho - al no ser escuchado, al no lograr reconocimiento en la función de abuelo, en una función social, en su condición de sujeto de deseo. O bien apelará, como alternativa a la des – estructuración yoica, a los emblemas identificatorios que la sociedad sí le ofrece: *viejo enfermo, clase pasiva, viejo regresivo*.

Desde el momento en que el ser humano adviene a una estructura de lenguaje, la dimensión simbólica que lo constituye en tanto sujeto del inconsciente, determina los efectos imaginarios en el atravesamiento de los distintos avatares vitales, entre ellos, el envejecimiento.

De acuerdo al lugar y a la articulación que, en su particular cadena significativa, ocupe la cuestión de la vejez, es decir, en qué discurso esté inscripta, cuáles los pensamientos inconscientes que la sostengan, así elaborará sus fantasmas, sus afectos, la libidinización de su cuerpo.

Tomemos, por ejemplo, la ecuación simbólica habitual – en cuanto a que, en nuestra cultura, se halla articulada, con mayor o menor insistencia, al discurso de cada uno de noso-

tros – que asimila vejez a enfermedad, estructurada a través del discurso familiar, la dialéctica de las identificaciones, los mandatos súper-yoicos, los ideales y reforzada constantemente por cierta ideología social.

La eficacia de la ecuación determinará como altamente probable que, ante la irrupción desde lo real de algo que pueda ser leído como signo de deterioro (arrugas, déficit funcionales) se hará depositario al cuerpo de las fantasías más angustiantes y persecutorias y se *entregará* a somatizaciones de mayor o menor gravedad, en la medida en que conciba que su demanda será reconocida en tanto proveniente de un cuerpo enfermo, y no en tanto cuerpo viejo deseante.

Freud mismo no pudo sustraerse a este destino, a través de una predisposición personal negativa con relación a su envejecimiento, atribuyendo a la senilidad lo que, en realidad, se trataba de un estado depresivo que finalmente desencadenó la enfermedad que terminó con su vida tras años de sufrimiento.*

Y si, en él, su patológica lectura de la vejez coadyuvó a la derivación en un cáncer, en otros casos el desenlace podrá llegar a las melancolías o aún a las demencias seniles.

Y éste es el punto más notable con relación a la eficacia de lo simbólico en el envejecimiento: con el deterioro orgánico cerebral no basta para que se desencadene una demencia.

Esta conclusión de investigaciones recientes fue transmitida en nuestro medio por geronto-psiquiatras de la talla del Dr. Mario Strejilevich. De un trabajo de la Dra. Haydée Andrés, transcribo la siguiente cita²¹:

* “ El Viejo Freud ”, en este libro.

“ Quisiera recordar aquí lo tantas veces expresado por distintos autores y visto muchas veces por quienes trabajan con personas mayores: que no siempre los cerebros que en las necropsias presentan lesiones anátomo patológicas semejantes a las demencias, pertenecían a ancianos dementes. O, dicho de otra manera, ancianos normales presentaban en su cerebro lesiones anátomo patológicas semejantes a los dementes y ancianos con trastornos psico-patológicos demenciales, no presentaban lesiones como las descritas en los dementes ”.

Estos autores, desde su formación psiquiátrica, lo explican recurriendo a las nociones de *personalidad previa, entorno*, etc.

Desde el Psicoanálisis contamos con una particular vía de abordaje: el discurso inconsciente en tanto *encarnado* en el cuerpo y ya no la referencia a lo emocional o a lo psíquico como epifenómenos de procesos orgánicos o acompañantes de la involución biológica.

Este deterioro tiene un sujeto. A él hay que hacerlo hablar.

Aquí es donde importa destacar el punto de divergencia y de des – articulación posible entre los distintos discursos desde los cuales es planteada la cuestión de la vejez.

En el campo *psi* en viejos, en tanto abordaje de la problemática emocional en el envejecimiento (normal y patológico) confluyen los aportes de la Psicología, la Psiquiatría, la Psicopedagogía, entre otras disciplinas. Corresponde al cam-

po interdisciplinario de la Gerontología, caracterizado por el enfoque integrador bio – psico – social del envejecimiento.

En esta perspectiva, el profesional será convocado desde distintos ámbitos comunitarios a fin de contribuir a la búsqueda del equilibrio, la homeostasis, la integración del individuo y su medio, en los distintos niveles de prevención y en distintas prácticas, como ser: planes de preparación para la jubilación, coordinación de grupos en Centros de Tercera Edad, Hogares Geriátricos, Hospitales de Día, etc.

Al in-dividuo lo llamará " Adulto Mayor ", " Geronte ", " Anciano ", lo ubicará en la " Tercera " o " Cuarta " Edad, de acuerdo al efecto imaginario que convenga.

El Psicoanálisis será uno de los posibles marcos teóricos, ya sea de la práctica clínica, así como del abordaje comunitario, pues aún cuando no esté planteado ahí el lugar del analista y por lo tanto, no esté constituido el marco transferencial que permita la interpretación, la formación psicoanalítica se trasuntará en la adopción de una posición analítica, acorde a una ética para la cual, más allá del abordaje gerontológico de que se trate, esta escucha permitirá situarse con relación a la demanda institucional y /o familiar, así como entender los alcances y lo que *no alcanza* de su práctica y detectar los múltiples malestares que acompañan inevitablemente la búsqueda del bienestar, de la integración y que van más allá de explicaciones bio – psico – sociales o de aportes *protéticos*.

Será entonces en la práctica terapéutica – en tanto fuera posible conducir la cura en un trabajo de replanteo de la propia implicación del paciente en su historia – el sujeto del Inconsciente el que advendrá a nuestra escucha, sujeto sin edad, dividido por efecto de la operatoria del lenguaje.

En Psicoanálisis se tratará entonces, del *viejo*, más allá de la edad: joven – viejo o viejo – joven, como efecto signifi- cante de una cadena discursiva.

Desde este marco teórico* será posible operar mediante la interpretación en la dimensión simbólica que sirve de es- tructura al cuadro.

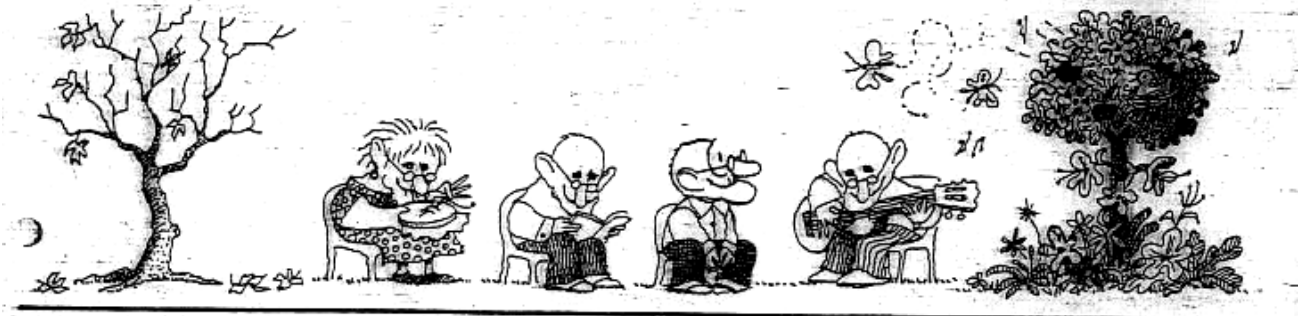
No ocluyamos con teorizaciones generalizadoras – váli- das en tantos abordajes – nuestros propios puntos de angus- tia con relación al envejecimiento y, sobre todo, no nos que- demos con la imagen del último *cuadrato* – de la vida – ani- mémonos a desplegar la *historieta*.

Llegando al final de nuestro recorrido a través de una *lectura teórico – cómica* de la vejez, cabe revisar nuestro pun- to de partida. En él se planteaba la posibilidad de una pers- pectiva un poco menos desalentadora, en contraposición al pesimismo que se desprende de un modelo deficitario del en- vejecimiento.

Pero ¿será posible una posición optimista, alentadora, en lo que a la vejez respecta? ¿En qué sentido lo será?

Alrededor de esta cuestión se debaten estos viejos que finalizan nuestra presentación.

* La cuestión del envejecimiento interroga hoy en día al Psicoanálisis y reclama una inscripción en su discurso teórico. Más allá de las articulaciones esbozadas a lo largo de este trabajo, se abren líneas de recorrido en la teoría, de las que aquí sólo se insinúan algunas: a través de *Tótem y Tabú* una vía de investigación de la vejez respecto a los tabúes primitivos – el *tabú del soberano*, el *tabú al contacto* – como origen de los fenómenos sociales del *viejismo* y clínicos, como la geronto- fobia. En otra línea, y enmarcando a la anterior, las vicisitudes de la *función pa- terna* en el envejecimiento y sus efectos en la clínica del viejo y su familia. Los pares antitéticos que vimos insisten a lo largo de la historia de la humanidad en hacer al viejo objeto de ridiculización, en ubicarlo en el lugar de lo absurdo, serían fantasmaticaciones que, a partir de la imagen devaluada del padre que representa su envejecimiento, encubren la imposibilidad de la identidad paterna, la inconsis- tencia del Otro. *Las Pulsiones y sus Destinos*, por otro lado, como entramado teó- rico que permita ubicar los avatares de la sexualidad y la sublimación en la vejez.



Debe ser cierto que, para poder sostener una posición verdaderamente optimista – que es distinto a maníaca – habrá de ser convocada la presencia de la idea de la muerte. Pero ya no como aquello en que acaba la vejez, sino como aquello que marca a la vida como inacabada.

Si una posición pesimista respecto al viejo es la que lo concibe como adulto *acabado*, en el sentido de *destruido*, *en mal estado*, paradójicamente, un adulto *acabado* también significa *consumado*, *perfecto*, *completo* y éste es precisamente aquél que se asume como incompleto, como inacabado.

A lo largo de la vida, se suceden las encrucijadas que obligan al sujeto a modificar su imagen, ante la actualización, en momentos críticos, de las tendencias experimentadas como desconectadas, discordantes, fragmentadas. En esos momentos, la apelación a algún ideal para identificarse es lo que le permite recuperar una imagen unificada que le posibilita soportar su condición de ser inacabado que fue y siempre será. Así operan las figuras ideales a alcanzar en los momentos vitales críticos.

Pero ¿qué figura ideal puede representar llegar a viejo? El envejecimiento habitualmente, se constituye, por el contrario, en un punto en que el espejo invierte su función: en lugar de anticipar una imagen unificada, la vejez vendría a operar como espejo anticipado... de fragmentación corporal.

*“ Condenado al optimismo, Claudel escribe en su Diario: ‘ ¡Ochenta años! ¡Ni ojos, ni oídos, ni dientes, ni piernas, ni aliento! ¡Y es asombroso al fin de cuentas, cómo uno llega a prescindir de ellos!’ ”**

* Nótese la similitud de esta expresión con aquella con la que finaliza el poema de W. Shakespeare que antes veíamos (pág.) y, sin embargo, el distinto efecto que suscita a partir de un muy diferente contexto discursivo. La posible pérdida de los

Es la inalterabilidad - a través del deterioro – de la dimensión simbólica en el sujeto, en posición de desengaño, más allá de las pasiones imaginarias, posibilitando la asunción de la condición de inacabado, lo que permitirá llegar *entero* a la muerte.

Pero

“ hay pocas muertes enteras. Los cementerios están llenos de fraudes ”,

dice Roberto Juarroz, citado por S. Kovadloff ²², quien agrega:

“ la nuestra sigue siendo una cultura que aún no ha meditado lo suficiente sobre el significado de la muerte: vale decir que todavía no lo ha hecho con esa liberalidad que faculta para entenderla como parte constitutiva, interna de la vida ”.

Volviendo, para finalizar, a *La Vejez*³, como aconseja F. Escardó (“ volver a leer el libro de S. de Beauvoir, tan olvidado por los geriatras al uso ”):

“ ... Es lo más valioso que aporta la edad: barre con fetichismos y espejismos... Toda verdad deviene. La de la condición humana sólo se cumple al término de nuestro propio devenir ”.

ojos, miedo a quedar ciego – destacado por Freud como sustituto frecuente de la angustia de castración – deja de tener aquí el carácter siniestro subyacente a la descripción ridiculizadora en *Como Gustéis*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Freud, S. (1905) *El Chiste y su Relación con lo Inconsciente*. T. III, Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid.
2. Freud, S. (1919) *Lo Siniestro*. T. IV, Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid.
3. de Beauvoir, S. (1970) *La Vejez*. Sudamericana. Bs. As.
4. Freud, S. (1924) *Autobiografía*. T. VII, Obras Completas, Biblioteca Nueva, Madrid.
5. Freud, S. (1900) *La Interpretación de los Sueños*, Cap. VI: " La Elaboración Onírica ". Obras Completas. Biblioteca Nueva. Madrid.
6. Zinberg, N. E. Kaufman, J. (1958) *Psicología Normal de la Vejez*. Pág. 113. Paidós, Bs. As.
7. Berezin, M. Blau, D. " Neurosis y Trastornos del Carácter ". *Journal of Gerontological Psychiatry*, XV, N.Y.
8. Lifac, S. (1983) " Grupos Terapéuticos en la Tercera Edad ", Parte II, A.A.P.G., Bs. As.
9. Marticorena, A. (1982) " Puntualizaciones Sobre la Regresión " en: *Gaceta Psicológica*, A.P.B.A. N ° 45, Bs. As.
10. Lacan, J. (1985) " La Dirección de la Cura y los Principios de su Poder ". *Escritos II*, Siglo XXI, Bs. As.
11. Lacan, J. (1985) " Función y Campo de la Palabra y del Lenguaje en Psicoanálisis ". *Escritos I*, Siglo XX. Bs. As.
12. Escardó, F. (1986) " El Amor en la Vejez ". *Diario Clarín*, 12 / 9/ 86. Bs. As.
13. Mc Mahon, A. Rhudick, P. (1967) " La reminiscencia en la vejez ", en: *Psychodynamic studies of aging*, International Universities Press. N. York.

14. Salvarezza, L. (1988) *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*. Paidós, Bs. As.
15. Bleichmar, H. (1981) *El Narcisismo. Estudio sobre la Enunciación y la Gramática Inconsciente*. Cap. II. Ed. Nueva Visión. Bs. As.
16. Freud, S. (1908) " La Novela Familiar del Neurótico ", *Obras Completas*, T. IV, Biblioteca Nueva, Madrid.
17. Freud, S. (1907) " El Poeta y los Sueños Diurnos ", *Obras Completas*, T. IV, Biblioteca Nueva, Madrid.
18. Freud, S. (1927) " El Porvenir de una Ilusión ", *Obras Completas*, T. VIII, Biblioteca Nueva, Madrid.
19. Kojeve, A. (1987) *La Idea de la Muerte en Hegel*. Pág. 59, Leviatán, Bs. As.
20. Schwartz, N. (1982) " Rescate de la Herencia Cultural ", *Rev. Medicina de la Tercera Edad*, N^o 5. Bs. As.
21. Andrés, H. (1987) " Deterioro y Demencia ", *Rev. Medicina de la Tercera Edad*, N^o 3, Bs. As.
22. Kovadloff, S. (1985) " La Vejez, ' Mal Verdadero ' " en: *Males Antiguos*. Torres Agüero. Bs. As.